

# **Póquer real**

Autor: Luciano Wernicke.

Para *Oveja*, *Bacha* y *Cuchis*, por aquella partida que nos alimentó en *Planeta Marte*.

*You cannot live a life without order. If you have power, you must use it for strict justice.*

Mario Puzo.

*Déjame que llore como aquel que sufre en vida la tortura de llorar su propia muerte.*

Enrique Santos Discépolo.

Primera parte

**Tréboles**

*That fire doesn't go out, it just smolders, and you remember every face.*

Don Winslow.

1

Arrellanado en el sofá tapizado con delicadas flores de *jacquard* azules y turquesas, Julio César Pérez Maya gozaba de unas cortas vacaciones. Con una copa de cristal cargada de *Dom Perignon* en su mano derecha, brindó por los suaves labios de María del Luján, su eficiente jefa de prensa arrodillada a sus plantas. Asimismo, por la conferencia sobre Medio Ambiente de Estocolmo a la que había viajado su esposa, invitada por su pujante acción a favor de la recuperación de las cuencas fluviales de la provincia de Buenos Aires.

Animado por las chispeantes burbujas del *champagne* y los mimos de su

vocera, Pérez Maya cerró los ojos para relajarse y saborear con intensidad la dulce licencia de la estresante labor parlamentaria. No lo logró. El timbrazo del teléfono de la *suite* quebró el gozoso ambiente. El vicepresidente de la Nación miró extrañado a su amante. Habían silenciado los celulares y ordenado en la recepción que por ningún motivo se incomodara el descanso de la encumbrada figura pública. La muchacha soltó el pene erecto, gateó hasta una mesita de la sala sobre la que había un aparato inalámbrico y atendió.

-Es Maciel –notificó mientras le pasaba el artefacto y bamboleaba los pechos que desafiaban la resistencia del ajustado *soutien-*, dice que es urgente.

Pérez Maya tomó el teléfono, furioso.

-¿Qué pasa, Roberto? ¡Pedí que esta noche no me hincharan las pelotas! - gritó a su director de seguridad.

El custodio absorbió la desmedida queja y respondió con cautela, sin brindar demasiadas referencias. La línea, de seguro, estaba *pinchada*.

-Disculpe la interrupción, señor. Debo reunirme con usted ya mismo. ¿Puedo subir?

Aunque llevaba años de fiel servicio y muchas veces había interpretado el papel de confidente, Maciel sólo trataba a Pérez Maya de *usted*. Prefería conservar un trato formal y distante, relación que no era reciprocada por su jefe.

-¡Decime qué ocurre, no des más vueltas, por favor!

-Señor, no creo que... sea conveniente... hablarlo por este medio.

-¡Dejate de joder, Roberto! ¿Qué sucede? ¡Largalo de una vez!

Resignado, Maciel expelió la información que le habían entregado, sin eufemismos ni florituras. La revelación eyectó al vicepresidente de la blanda poltrona. Julio César Pérez Maya, cubierto apenas por una camisa blanca desabrochada, con el miembro achicharrado entre sus regordetes muslos, temblaba de pie en medio de la lujosa habitación. Una mueca siniestra se había apropiado de sus facciones. Un lazo invisible le constreñía la tráquea desnuda de corbata. María del Luján se estremeció frente a la violenta degradación de ese hombre, uno de los dirigentes políticos más poderosos del país. Allí, semidesnudo, impotente y despavorido, no calificaba ni para la categoría de mamarracho.

## 2

Lorena resplandecía. Sus trencitas rubias, casi blancas, flameaban hacia adelante y hacia atrás, componiendo una perfecta coreografía con la falda de su vestido rosado, salpicado de paragüitas grabados en tonos pastel. De un lado para el otro, al ritmo de la hamaca, coletas y sombrillas bailaban una danza que extasiaba a *Betito*. Detrás, como en una pintura de Van Gogh, el campo santafesino se extendía en un amarillo infinito, con su trigo maduro listo para ser cosechado y transformarse en sabroso pan. Los cándidos ojos celestes de la *gringuita* lo invitaban a sumarse al juego en la mecedora de al lado, todavía libre. El nene, embelesado, no se animaba a dar el paso inicial. *Vení, dale*, lo alentó ella, y el pie izquierdo del pibe, obediente, avanzó. El derecho, quizá más romántico, decidió que no había que ir con las manos vacías y enfiló hacia una planta de margaritas que crecía junto al bebedero de la placita. Arrancó una flor y, apuntalado por ese sencillo obsequio,

reemprendió la marcha hacia los luceros paradisiacos, fuentes de sus deseos. El estrepitoso zumbido del teléfono móvil lo asaltó mientras extendía la ofrenda a su amada. El principal Norberto Azzaro despegó los párpados y el dorado trigal se diluyó en la penumbra del cuarto. Logró entender qué ocurría y dónde estaba sólo cuando un nuevo alfilerazo terminó de despabilarlo. Tomó el teléfono móvil con la mano izquierda. La pantalla proclamaba al sargento César Ramírez, llamando a las cuatro y diez de la mañana. Acercó el aparatito a la oreja sin levantar el occipital de la almohada.

-¿Qué querés, *Ruso*? -masculló con una resonancia pastosa. Lo invadió un retrogusto ácido, provocado por la copiosa cata que había compartido con *Tío Bernabé* hasta avanzada la madrugada. Su subalterno tragó saliva antes de contestar. Odiaba el rol de intermediario.

-*Tano*, perdoná que te llame a esta hora, pero Bongiorno quiere que...

-¡Qué rompe huevos! -interrumpió rabioso, sin permitir que el sargento completara la transmisión de la orden del superior-. ¡Que lo llame a Suárez! ¿Por qué siempre debo ser yo el gil que le saque las papas del fuego? ¡No lo aguanto más!

Ramírez no tenía ganas de discutir, tampoco había descansado lo suficiente. El suboficial respiró hondo y se largó a comunicar el mensaje del comisario.

-*Tano*, lamento haberte despertado, pero apareció un tipo muerto en una de las aceras del Congreso. El *Gordo* me pidió que te avisara que nos corresponde a nosotros.

El suboficial utilizó a propósito la primera persona del plural en un vano intento por detener la fermentada catarata de su jefe.

-¡Recién me acostaba! -rezongó Azzaro. Se frotó el puente de la nariz para

apaciguar la aguda jaqueca que había instalado su epicentro bajo ese punto. Un impulso lo alentó a mandar al diablo a Bongiorno, a Ramírez y a toda la Policía Federal. Escogió, en cambio, inspirar profundo en busca de una dosis de calma que lo ayudara a cumplir con su deber.

-¿Qué pasó con ese hombre? –consultó por fin.

-Lo único que me confirmaron es que lo acuchillaron. El cuerpo fue encontrado unas tres horas después de que culminara la sesión parlamentaria de anoche. Al muñeco lo cagaron a puntazos y lo tiraron sobre la vereda de Combate de Los Pozos. El *Gordo* está que vuela porque ninguno de los pajarones afectados a la custodia del Palacio...

-Pará un poquito, *Ruso*, levanta el pie del acelerador que aún sigo medio dormido -lo atajó-. ¿Cómo que *lo tiraron*?

-Aparentemente, al sujeto lo lanzaron desde un auto en movimiento, o mediante una acción súper rápida: frenaron, lo bajaron y huyeron. Se sospecha que habría muerto antes de que lo abandonaran.

-¿Ya intervino la UCM? (Nota: Unidad Criminalística Móvil, cuerpo policial dedicado a la recolección de pruebas en la escena de un homicidio, integrado por un médico legista, un fotógrafo, un químico y un especialista en rastros).

-No lo creo, debe estar por llegar.

-Entonces, ¿cómo arribaron a esa hipótesis?

-Los de la comisaría sexta enviaron un patrullero y modularon que, a pesar de que el cuerpo estaba agujereado por todos lados y su ropa completamente teñida de rojo, había poca sangre en el piso.

-Está bien. Dijiste que, aparentemente, lo lanzaron de un auto en movimiento.

¿Nadie vio nada, justo en esa zona?

-No lo tenemos claro todavía porque... ¡No lo vas a creer! En ese instante, el agente que cubría la cuadra había ido al baño.

La cabeza de Azzaro giraba como el cilindro de una ruleta. *La Lore*, pensó con el celular contra la sien. *¿Qué habrá sido de ella?*, reflexionó, deseando retornar al sueño santafesino. Ramírez lo avisó por segunda vez en un puñado de minutos.

-¿Me escuchaste? Bongiorno ordenó que averigüemos qué sucedió. Estaba muy nervioso.

-Como siempre, *Ruso*.

Pese a su apellido *gallego*, al sargento le decían *Ruso* desde chico. El apodo era obra de su madre, quien lo había criado sola y le había heredado el apelativo Ramírez de su propia familia. Debido a que el suboficial nunca había tocado el tema, sus compañeros intuían que su desconocido padre biológico era judío... o un exiliado de la antigua Unión Soviética.

-Te espero en la ochava de Combate de Los Pozos y Hipólito Yrigoyen.

-E Hipólito Yrigoyen, boludo -lo corrigió Azzaro-. Mucha *Alliance Française*, pero te llevás *Castellano* a marzo.

Ramírez reprimió una puteada. A cambio, bufó para descargarse.

- Yo llevo el café. Abrigate que hace un frío de locos.

-¡En media hora estoy ahí, mamá! –gruñó Azzaro.

El oficial cortó para acallar la réplica de su compañero. Un revoltijo de imágenes le taladró el mate: Lorena, el trigal, carne ensangrentada sobre

baldosas, la cara grasienta de Bongiorno adornada con su eterna sonrisa sardónica, un suboficial que leía a Sartre en su idioma original no obstante demostraba un deficitario nivel de español. *¿Por qué a la vieja se le ocurrió venir a esta letrina inmunda?*, se planteó en vano. Nadie podía brindarle una justificación. Una tarde de primavera, cuando tenía diez años, su madre lo llevó a la rastra, junto con su hermana, hacia la casa de una tía que vivía en la Capital, harta de ser víctima de las trompadas del borracho irredimible del que se había enamorado. El pibe no volvió a ver a su padre. Héctor Azzaro murió de cirrosis una década después de la separación. *Betito* jamás regresó a la ciudad de Esperanza, ni siquiera tras el deceso de su papá. *¿Seguirá soltera la gringuita?*, se preguntó, aturdido. Se quitó la camiseta y corrió a meterse bajo la ducha, ansioso por expulsar de su organismo las resacas alcohólica y laboral.

Azzaro dejó el auto en doble fila sobre la calle Hipólito Yrigoyen, luego de que un vigilante le franqueara el camino a su placa. A cinco pasos de haber bajado del vehículo, el investigador notó que un viento helado deshilachaba la madrugada, por lo que regresó para calzarse el sobretodo negro que viajaba en el asiento trasero de su coche. Con su espigada estampa reconfortada por el abrigo oscuro, sacó un cigarrillo importado y lo encendió mientras se acercaba a Ramírez. El sargento lo recibió en la esquina convenida con dos vasos descartables cargados con café, como le había prometido. El suboficial deslizó hacia abajo la bufanda azul que le cubría la boca para retrucar el epílogo del tenso diálogo telefónico, pero el esbelto detective le ganó de

mano.

-Perdoname, *Ruso*. Te traté como el culo. No te lo merecías, vos sólo cumplías una orden.

Ramírez se paralizó. Hacía una década que conocía a Azzaro y, si bien este no acostumbraba a maltratar a su gente, tampoco era un individuo con la disculpa a flor de labios, aunque se equivocara, ni solía elogiar los desempeños de sus ayudantes cuando estos consumaban una buena tarea.

-Todo bien, *Tano*. Ya está.

Le tendió uno de los recipientes.

-Acá tenés, como te gusta. Yo también estoy casi sin dormir y con las bolas infladas por tener que laburar de despertador. *C'est la vie*, ¿no?

-¡Una vida de mierda!

-¿Hoy les toca a los *Gitanes*?

-Sí, voy variando. Elijo según el talante con el que me levanto.

-Entonces, tratá de no discutir con el *Gordo*. ¡Estás sin filtro!

La ocurrencia lo hizo reír. Ramírez, filosofó Azzaro, era capaz de mantener el buen humor ante un pelotón de fusilamiento. Caminaron con lentitud hacia el cadáver, que permanecía sobre la acera. La zona había sido acordonada a unos cincuenta metros a la redonda, y varios uniformados mantenían alejados a curiosos y periodistas. El principal apreció que el sitio donde había aparecido el cuerpo, sobre la vereda este de Combate de los Pozos a unos treinta metros de su cruce con Yrigoyen, había sido correctamente resguardado, circunscripto con cintas de prevención. Dos peritos trabajaban en la escena. El muerto yacía en una posición perpendicular a la calle, con los

pies rozando el cordón y su cabeza apuntando hacia el solemne edificio de estilo grecorromano. Con los brazos extendidos, imitaba la figura de Cristo contra la cruz.

-¿Qué tenemos?

El sargento sacó del bolsillo interior de su gabardina una libretita de espiral en la que había volcado sus apuntes. Comenzó a leerlos mientras ambos se arrimaban un poco más al sector donde los técnicos cumplían con el primer registro del cadáver y buscaban pistas.

-El tipo fue localizado a las 3.04 por uno de los agentes que custodian el Palacio. El muchacho dio aviso a su superior, quien a su vez llamó de inmediato a la comisaría y convocó una ambulancia del SAME. Ya era tarde: la víctima estaba bien muerta. Los policías del patrullero destacaron que nadie se acercó ni telefoneó a la taquería para denunciar nada. Tampoco hay testigos. Justo en el lapso de tiempo...

-Lapso solo –se entrometió el principal.

-¿Cómo *lapso solo*? –indagó Ramírez, confundido.

Azzaro se arrepintió de haber corregido al sargento.

-No, *Ruso*, disculpame. Se dice *lapso*, no *lapso de tiempo*... Dejá, son pelotudeces mías.

El suboficial prosiguió, sin haber comprendido la lección.

-Te decía: en el lapso de tiempo en el que tiraron al afiambrado, el *bepi* que tenía asignada la cuadra había ido al baño. Tropezó con el bulto cuando regresó de echarse el cloro.

-¿Hablaste con él? –examinó mientras arrojaba el pucho del *Gitanes* al asfalto

y lo aplastaba con la suela del zapato.

-Sí. Es un *garçon* que egresó el año pasado de la escuela de cadetes. Me pareció honesto. Su jefe me aseguró *de que* el chico había solicitado permiso antes de dejar su puesto. Él se lo otorgó fiado de que, como ya se habían rajado todos los legisladores, no iba a pasar nada.

-Pero pasó -lo atajó Azzaro. Largó el humo de la última pitada, bebió un sorbo de su café que tragó junto al desaguisado gramatical de Ramírez y miró hacia la esquina de Combate de los Pozos e Yrigoyen. Observó que una cámara instalada en un poste, a unos cinco metros de altura, apuntaba hacia el espacio donde el cuerpo se encontraba tendido.

-Ese dispositivo debe haber captado todo. Voy a requerirle al oficial al mando de la División del Congreso que me haga una copia de la grabación. ¿Qué te dijeron los de la UCM?

-Según las pericias iniciales, se trata de un masculino de unos cincuenta años, bien vestido, sin documentación, zampado hace cosa de dos horas con el pecho agujereado como *fromage français*.

-A mí me gusta el *gruyère* porque va muy bien con el malbec. Es suizo, ¿no?

-Sí, es suizo. Bueno, los análisis primarios del médico legista determinaron que la víctima recibió entre veinte y treinta heridas de arma blanca, presuntamente efectuadas con una cuchilla. Todos los impactos se produjeron en el tórax, el abdomen, la nuca y la espalda. El rostro, la cabeza y los miembros están intactos.

-¿La espalda? ¿Lo dieron vuelta para perforarlo del otro lado?

-O lo atacaron dos o más personas desde ángulos diferentes.

-No cierra, *Ruso*. ¡Todos los asesinos tendrían que haber blandido cuchillas idénticas!

El detective analizó que quien dejó allí el cadáver debió detener el vehículo cerca de la acera, bajarse, sacar el pesado cuerpo del asiento trasero o del baúl y acomodarlo más allá del cordón. Sin la ayuda de un cómplice, ese trámite consume varios segundos. Una operación muy aventurada en una zona con custodia policial permanente y monitoreada por una multitud de cámaras de seguridad. Calculó que el o los responsables habrían tomado precauciones para no quedar escrachados por los videos.

-Quizás, esta gente contó con un *ayudín* dentro de la Federal... o más arriba - pronunció Ramírez.

Azzaro diluyó la opinión de su asistente con el café que quedaba en el vaso.

-Eso, mejor, no vuelvas a mencionarlo -le aconsejó-. ¿Qué fiscal está en turno?

-El trepador de Martínez.

-¡Hijo de puta! -renegó con aire fatalista. En dos episodios anteriores, Azzaro había chocado contra Martínez, un jurista joven con excesivas ambiciones al que no le gustaba perder a nada. Cuando un caso naufragaba, solía responsabilizar a los investigadores, inclusive ante la prensa.

Al advertir la presencia de los detectives, uno de los peritos, emponchado con una campera rellena de plumas, se incorporó y se aproximó con entusiasmo al principal mientras se quitaba los guantes descartables para estrechar su mano.

-*Tano*, ¡qué privilegio! -saludó el médico legista de la UCM. La calvicie incipiente contrastaba con su cara de nene.

-Verzetti, mi doctor de cabecera. ¡Qué suerte que te tocó a vos! Ya que estoy, ¿te puedo preguntar por una molestia que me incomoda desde hace un rato? – bromeó, señalando a Ramírez con la cabeza.

-Lo lamento, pero no atiende por tu obra social. Si te cobro como a un particular, te va a salir carísimo.

Los tres festejaron el chiste. Azzaro se agachó para apreciar mejor el cuerpo de un hombre alto y corpulento, quien lucía pelo negro entrecano y barba de dos días. Vestía una camisa de mangas largas confeccionada con una tela que, por lo que mostraban los puños, combinaba finas líneas rosadas con algodón blanco. La sangre había teñido por completo el resto de la prenda, hecha jirones por las numerosas puñaladas. El atuendo se completaba con un pantalón de jean con la mitad superior empapada del líquido rojo, medias de toalla grises y mocasines negros. A pesar del crudo invierno, el muerto carecía abrigo.

-¿Terminaron? -inquirió mientras se reincorporaba.

-Sí. Ya lo pueden llevar a la morgue. Aquí tenés las huellas.

Verzetti entregó a Azzaro un papel doblado, metido dentro de una bolsa plástica transparente.

-Me comentó mi compañero que no tenía documentos.

-No. Ni documentos ni llaves ni teléfono móvil.

El detective especuló que no era común que una persona adulta saliera a la calle sin esos tres elementos y que quizá habían quedado en un bolsillo del saco o la campera que, evidentemente, el difunto había perdido durante el ataque.

-¿Algún detalle relevante que deba saber ahora? ¿Habló el cuerpo? –sondeó.

-Sí, te diría que estuvo bastante charlatán. Además de las heridas de arma blanca, que deduzco son más de veinte y menos de treinta, el cadáver presenta un fuerte golpe en la parte posterior del cráneo. Sospecho que está relacionado con el incidente: la víctima pudo haber sido agredida con algún objeto romo, como un palo o una barra, y apuñalada ya desvanecida. La muerte, estoy seguro, se produjo por las incisiones perpetradas con un instrumento cortopunzante. Según mi experiencia, una cuchilla afilada. No noté signos que sugieran que la hoja haya tenido dientes. Sí descubrí excoriaciones en el cuero cabelludo, que deben estar vinculadas con su aterrizaje sobre la acera.

-¿Aterrizaje?

-No lo acomodaron con mucha ternura, *Tano*. Al menos, almohada no encontramos.

-Buena consideración, *Verzetti*. ¡Me gusta cuando sacás a pasear tu carácter alegre!

-A veces le permito respirar algo de aire fresco.

Azzaro echó otro vistazo a la escena.

-Distingo que hay poca sangre en el suelo.

-Prácticamente nada, lo que demuestra que no lo asesinaron aquí.

-¿Cuánto creés que lleva sin vida?

-Cuando llegué, los músculos del cuello y los brazos ya estaban rígidos. Son –miró su reloj- las cinco y diez de la mañana. Deduzco que debe haber muerto hace cinco o seis horas, alrededor de la medianoche.

-Entendido. Ya ordeno el traslado y llamo a la morgue para que la autopsia se haga en el primer turno. Gracias por todo. Por lo visto, esto sí lo cubre la obra social.

El médico se despidió de los policías con cariñosos abrazos y se marchó en el móvil de la UCM junto a sus compañeros. Azzaro le entregó a Ramírez la bolsita con las impresiones dactilares.

-Haceme la gauchada, que yo voy a buscar el video.

-¡Estamos hasta las manos, *Tano!*

El lamento del sargento exhibía una inusual congoja por tener que asumir la resolución de un crimen que prometía una extraordinaria repercusión mediática y, casi seguro, institucional. Indiscutiblemente, el sitio para arrojar un cadáver acuchillado no había sido escogido al azar.

-Ocupémonos de hacer bien nuestra tarea. Seguramente nos van a apretar un poco las bolas, más que lo habitual, pero no te preocupes: lo vamos a resolver, *Ruso.*

Ramírez asintió, no obstante su rostro denotaba escepticismo.

-Lo que sí voy a aconsejarte es que mantengas la boca cerrada y que de este caso hables sólo conmigo. Si se filtra algún dato a la prensa, los de arriba nos van a cortar la cabeza.

-¿Y si boquea otro?

-Se tendrá que hacer responsable ese otro. Nosotros debemos movernos con serenidad, no mandarnos ninguna macana y trabajar con seriedad y eficiencia. Lo que se cocine en otros ámbitos no nos importa. ¿Se entiende? Para vos y para mí, esta es una pesquisa más.

Ramírez repitió el gesto con la cabeza, giró y se alejó sin emitir sonido. Cuando el sargento se encontraba a varios metros, Azzaro maldijo con voz apenas audible el incómodo cuadro.

-Una pesquisa más... ¡Tengo los huevos por el piso!

#### 4

Oscar Iglesias tomó el control remoto y silenció el televisor de pantalla plana sintonizado en un canal de noticias que transmitía en vivo desde las afueras del Congreso. Despegó el cuerpo del mullido trono de pana verde musgo y ornamentos dorados y salió de atrás de su escritorio para recibir a su ex compañero de fórmula. Julio César Pérez Maya ingresó al despacho presidencial acompañado por el secretario general Andrés Bermúdez.

-Esto es muy grave, Oscar –prorrumpió el vicepresidente a modo de saludo.

Iglesias lo acogió con un apretón de manos y un beso en la mejilla, gesto que se permitía en la intimidad, donde no debía obedecer las formalidades del protocolo.

-Bueno, relajate, Julito. Ya lo vamos a solucionar, quedate tranquilo.

-No me puedo quedar tranquilo, tengo una familia.

-Ya le di instrucciones a Marchetti. Ortega organizará una custodia especial para vos, tus chicos y tu mujer.

-Te lo agradezco.

El Presidente, el vice y el secretario se sentaron sobre unos sillones individuales distribuidos entre el bufete de cedro y la mesa de directorio rectangular alrededor de la cual solía reunirse el gabinete una vez por semana.

-¿Estás seguro de que esto es obra de la mafia del juego?

-Por completo, ya tuve problemas con esta gente. Cuando era gobernador, acepté recibir a uno de sus operadores, un tipo al que se conoce como *Yarará*.

-¡Suena venenoso! –acotó Iglesias.

-Resultó ser un tipo pesado que me exigió que le otorgara una licencia para abrir un casino privado con mesas de ruleta, *punto y banca* y *black jack*. Yo respondí que lo que demandaba era imposible: la Constitución provincial sólo permite que sea el Estado el que explote esa actividad. Este insolente personaje me reclamó, entonces, que impulsara una reforma de la Carta Magna. ¿Podés creer semejante descaro?

-¿No pidió que le entregaras a tu mujer, también?

-¡Un desubicado! Le manifesté que esa alternativa era completamente inviable. ¡Se retiró ofendido, recaliente! Por un tiempo anduvo borrado, pero ahora que soy el presidente provisional del Senado, este mismo individuo volvió a la carga: quiere que le consiga algo acá, en la Capital, o en cualquier lado. Yo no voy a aflojar, Oscar, pero necesito tu apoyo.

-¿Por qué no instalan un garito?-curioseó Bermúdez, en su primera intervención desde el inicio de la audiencia.

-Lo que pretenden es un casino legal donde blanquear guita, ¿entendés? Ellos ya controlan varios tugurios, tienen arbolitos que levantan quiniela, pero precisan un negocio apropiado donde lavar todo el dinero que les ingresa por

el juego clandestino y también las utilidades de otras actividades ilícitas, como el tráfico de droga.

-Julito –se interesó el Presidente-, este tipo al que mataron...

-Manfredi –apuntó el secretario.

-Gracias, Andrés. Este Manfredi, según el informe que nos pasaron, era un hombre tuyo.

-Sí, sí, colaboraba conmigo y con el intendente Quesada. ¡Era un buen muchacho! En épocas de elecciones, movilizaba gente y conseguía votos en distintos barrios, como Munro, Villa Adelina o Carapachay. Una persona muy valiosa. Además, aportaba unos cuantos mangos para las campañas. Nosotros, a cambio, lo dejábamos operar un casinito de morondanga, de perfil bajo. Nada espinoso ni comprometedor –minimizó.

-Un chivo expiatorio ideal –intuyó Iglesias-. Vos sospechás que la mafia lo mató y te lo tiró a la jeta como advertencia: o los ayudás a obtener lo que reclaman, o vos sos el próximo. ¿Entendí bien?

-Más que sospechar, no tengo ninguna duda, Oscar. Hace dos semanas, *Yarará* llamó a mi oficina en el Congreso. Me negué a atenderlo, pero habló con uno de mis secretarios. Este matón le ordenó que me dijera que me dejara de hacer el boludo y le consiguiera un permiso para abrir un casino privado, en la provincia de Buenos Aires o en la Capital. Antes de colgar, enfatizó: *Si no cumple con nosotros, que se prepare para lo peor.*

-¿Dijo *lo peor*?

-Textualmente. No lo tomé en serio, pero ahora que pasó lo de Manfredi...

-*Yarará* es Leandro Sosa Gaona, un forajido de temer –se inmiscuyó de

nuevo Bermúdez, mientras leía algunos apuntes anotados en una hoja y dictados desde la Secretaría de Inteligencia-: Nació en Formosa y cuando era un niño se mudó con su familia a Paraguay, donde siguió la carrera militar. Alcanzó el grado de capitán del Ejército muy jovencito, durante la última etapa de la presidencia de Alfredo Stroessner. Luego de que el dictador fuera derrocado, desapareció. Se presume que se habría fugado hacia Brasil, como muchos de los colaboradores del jerarca guaraní. Tiempo después, se instaló acá, en el Gran Buenos Aires, se cree que contratado por la mafia del juego.

Iglesias y Pérez Maya escuchaban el informe espantados.

-Tiene varias causas en los tribunales de San Martín, San Isidro, Morón y La Matanza por extorsión, agresión, lesiones, casi todas cajoneadas. Aunque se sospecha que cometió por lo menos cinco homicidios, no se lo pudo procesar por falta de pruebas. En una oportunidad, un hombre se presentó como testigo del crimen de un comerciante de Vicente López, atribuido a este *Yarará*. A los pocos días, el cuerpo del declarante apareció flotando en el Río de la Plata. Desde entonces, no hay persona que se anime a abrir la boca para decir una sola palabra sobre él. Nadie lo conoce, nadie ve nada, nadie escucha nada.

-Indudablemente –opinó el Presidente al cabo de algunos segundos de reflexión-, este monstruo no actúa solo. Detrás debe haber una organización tan compleja como pesada. ¿Quién está al mando de todo esto?

-Los muchachos del *servicio* no tenían nada –se excusó Bermúdez-, pero me aseguraron que para mañana obtendrán algo de información.

-Conmigo siempre se contactó este desgraciado, Oscar. Cuando era gobernador, le ordené a uno de mis colaboradores que tratara de averiguar quiénes eran sus padrinos. Logramos dar con algunos secuaces, todos

situados debajo de él en la pirámide. Hacia arriba no pudimos avanzar. La policía y la justicia tampoco consiguieron demasiado.

-Pero tendrás algunas sospechas...

-Sí, por supuesto. Una teoría apunta hacia un empresario agropecuario brasileño que opera cerca de la *Triple Frontera*. Otra sugiere que podría tratarse de un juez federal de Córdoba. No sabemos su identidad. Suponemos que esta conjetura sería la más firme porque a este individuo, dentro de la organización, se lo conocería como *el Doctor*.

Iglesias se paró de su sillón y caminó hacia la chimenea de mármol blanco decorada con una exquisita moldura de roble de Eslovenia.

-Julito querido –reaccionó, sereno, tras una ligera deliberación-, ya mismo voy a ordenar a la Secretaría de Inteligencia y a todas las fuerzas federales que salgan a buscar a este *Yarará*. Cuando lo capturemos, lo vamos a hacer cantar, así sabremos quién es el hijo de puta que dirige una mafia que envía a nuestro pueblo y desafía el orden constitucional de la Nación a través de un emblema como su vicepresidente. Esto se resuelve fácil y de una única manera: con todos los criminales presos.

Pérez Maya se incorporó y se acercó al mandatario para abrazarlo.

-Te lo agradezco, Oscar.

-No hay nada que agradecer. Tenemos la obligación de acabar con estas pandillas porque es nuestro deber. Una cosa más: sugiero que, por el momento, mantengamos esto en reserva, lejos de la prensa. No me gustaría que trascienda que cualquier perezoso nos puede tocar el culo.

-Por supuesto que no, señor Presidente. Estoy completamente de acuerdo.

El vice abandonó el salón. Inmediatamente, Iglesias le ordenó a Bermúdez:

-Llamá al inútil de Machetti y decile que, si no se pone las pilas con este asunto, le voy a meter una patada en el *orto*.

5

Azzaro colocó el CD en la bandeja de su computadora. Antes de que consiguiera picar sobre el botón *play* del programa de video, el teléfono del pupitre zumbó más apremiante que de costumbre. Contuvo su enfado y atendió.

-Principal Azzaro.

-Hola, *Tano* -contestó la inequívoca ronquera-. Vení, por favor.

-¿Es inaplazable?- preguntó, vanamente. Su jefe ya había cortado.

Mientras se alejaba de su puesto en dirección a la oficina de Bongiorno, se compadeció de la condición del *Gordo*. Él estaba unos escalones más cerca de la cúpula de la fuerza y del ministro de Seguridad, aunque no los suficientes para gozar de un blindaje tranquilizador. De hecho, el severo comisario general Hugo Ortega solía elegirlo cada vez que sonaba la campana y alguien debía subir al ring a disputar un largo round contra Mike Tyson. Cuando ingresó al despacho, el comisario, sentado en su butaca, le indicó con una seña de la mano que cerrara la puerta. Sudaba más que de costumbre, agobiado por la vigorosa calefacción del edificio y el particular caso. Habló sin rodeos.

-Acabo de reunirme con Ortega. La colmena está muy revuelta. Me dijo que el ministro Marchetti le transmitió el apoyo del Gobierno. Quieren resultados concretos lo más rápido posible.

-No sé hacerlo de otra forma, señor.

Bongiorno tenía la mirada perturbada, la expresión pálida. Con una agitación de su barbilla, lo invitó a que se acomodara en una de las dos sillas dispuestas frente a su mesa de trabajo. El principal obedeció mientras su jefe volcaba su torso sobre el mueble alfombrado de papeles y acercaba su rostro al de Azzaro para otorgarle a la conversación un tono de camaradería.

-Dale, pelotudo, ¿desde cuándo te comportás tan formal conmigo? No te asigné el caso para romperte los gobelinos, sino porque te conozco desde hace mil años y sé perfectamente cómo te desempeñás. Te considero el mejor de la división.

-Te lo agradezco de corazón, *Gordo* –respondió el detective, atónito por la infrecuente calidez de su superior. Si bien ambos mantenían una cordial relación basada en casi dos décadas de convivencia profesional, e inclusive habían compartido cenas y otras recreaciones de camaradería -como cuando fueron juntos a la cancha a presenciar el duelo *Boca-Colón*, los equipos de los que ellos eran hinchas-, Bongiorno exhibía un carácter parco y reservado dentro del Departamento Central de la Policía Federal, que lo exponía ante sus subordinados como un funcionario estricto y huraño. Azzaro cayó en la cuenta de que su propio trato con los subalternos tampoco era afectuoso. Se propuso mejorar en ese aspecto.

-A partir de este momento, quiero que te dediques de forma exclusiva a trabajar en este crimen. Congelá todo lo que tenías, resólvolo más adelante. Si queda pendiente alguna diligencia imperiosa, pasásela a Salierno. Te quiero

las veinticuatro horas del día en esto hasta que llegues al final. ¿Está claro?

El principal asintió.

-Una cosa más –Bongiorno bajó la voz, como si la puerta cerrada de su despacho no alcanzara a garantizar la debida intimidad a la conversación-: la víctima era un puntero de Pérez Maya. En la Rosada creen que lo mataron para enviarle un mensaje mafioso al vicepresidente.

Azzaro hizo un esfuerzo para conservar el rostro impassible.

-De esto, ni una palabra a nadie, mucho menos a los periodistas. Vos hacé de cuenta que no te dije nada. Dale para adelante y laburá tranquilo. Por ahora, no descartes ninguna hipótesis.

-Entendido, *Gordo*. Así será.

El investigador percibió que Bongiorno le había acariciado el lomo antes de meterlo en el cuadrilátero y empujarlo hacia *Iron Mike*, para que pusiera la cara por él.

-No podemos cagarla –notificó el comisario mientras levantaba el banquito y descendía del ring.

Aunque el verbo de la opresiva frase los incluía a ambos, Azzaro sabía que los hilos se cortan por el sector más delgado. ¡Vaya ironía! En ese cuarto de veinticinco metros cuadrados había sólo dos personas: una era baja y obesa; la otra, alta y flaca.

Azzaro zarandéó varias veces la cabeza de derecha a izquierda, como para quitar de ahí dentro el vocablo *cagarla* que minutos antes había salido de la boca de Bongiorno y penetrado por sus oídos. Comprendía que el misterioso crimen amenazaba con sacudir la cúpula gubernamental y que la onda expansiva de seguro azotaría la jefatura policial. Sin embargo, la presión que solía despeñarse desde la cresta de la fuerza ejercía un efecto negativo en su rendimiento. El principal se sentía como un futbolista apretado por la barra brava de su club. En las charlas de café, siempre repetía que los mafiosos disfrazados de fanáticos no comprenden que, gracias a sus provocaciones, el jugador tiene dos intranquilidades y no una sola, rendir de la mejor manera para ganar el partido.

Por otra parte, a él no le importaban demasiado las consecuencias políticas del hecho. De este o de cualquier otro. Su misión consistía en hallar al culpable y esa era, desde hacía más de veinte años, la meta que perseguía en cada caso. No podía consentir que este homicidio se convirtiera en una excepción por recibir una mayor cantidad de centímetros cuadrados en los diarios o de segundos en radio y televisión. Si bien el entusiasmo por su trabajo llevaba bastante tiempo en caída libre, difuminado por el desencanto, la rutina y la asquerosa convivencia con una jauría de colegas trepadores y corruptos, estaba dispuesto a redoblar sus esfuerzos en un ciento por ciento y no por la presión que pudieran transferirle. Al veterano detective nada lo satisfacía más que cumplir con su deber, llegar a la verdad en cada homicidio que le tocara descifrar. No por vanidad, sino por amor propio.

Regresó a su escritorio, picó sobre la tecla *play* y, en cuanto la imagen comenzó a correr, llevó el *mouse* hacia el botón de avance rápido. Al ver el enérgico corretear de los pocos peatones que circulaban por Combate de los Pozos entre Rivadavia e Hipólito Yrigoyen, lo asoció a los protagonistas de

las películas mudas de Charles Chaplin. Cuando el contador de la hora llegó a las 2.30, redujo la velocidad de adelanto. El tránsito vehicular era prácticamente nulo. La cámara brindaba un panorama completo de la calzada y de la vereda del Congreso. Apoyada por el alumbrado, permitía valorar todos los detalles de la escena del crimen. A las 3.02, una camioneta *Renault Kangoo* plateada frenó junto al despejado cordón izquierdo, unos treinta metros antes del cruce con Yrigoyen. Azzaro retrocedió la secuencia hasta la aparición del rodado y normalizó la reproducción. El investigador contempló la llegada de la *Kangoo*, sus movimientos hasta su detención y cómo su conductor –casi con seguridad un varón, algo bajo, fornido, de hombros y brazos gruesos y fibrosos-, en una rápida maniobra, se bajó sin cerrar su puerta, abrió la portezuela corrediza del lateral izquierdo del rodado, metió sus extremidades superiores y el torso dentro del habitáculo, extrajo un cuerpo y lo lanzó sin ningún cuidado sobre las frías baldosas. El cadáver quedó boca arriba, en la misma posición en la que él lo había visto esa madrugada. *Eso explica las excoriaciones en la sección posterior del cráneo de las que habló Verzetti*, determinó. Enseguida, el presunto asesino cerró la portezuela y regresó a su asiento. El vehículo arrancó y desapareció de la pantalla tras cruzar Yrigoyen. Entre la parada y la fuga de la camioneta sólo habían pasado doce segundos. Azzaro rebobinó la película hasta el instante en el que la *Kangoo* entraba al plano de la filmación. Volvió a mirar la secuencia, en cámara lenta, y aplicó la función *zoom*. La patente se notaba con claridad: OAT 614. Luego de que el rodado estacionara, el policía seleccionó la opción de avance cuadro por cuadro. Estudió el descenso del criminal y contempló con curiosidad su atuendo: una gorra con visera, barba que podía ser falsa, una campera de las llamadas *rompevientos* y guantes, similares a los que se usan en la nieve.

-En Buenos Aires no hay pistas de esquí. Anoche hizo frío, pero no creo que

haya sido para tanto -apreció.

Eligió la imagen que juzgó más idónea e imprimió dos copias. La foto no aportaba gran cosa. Puso a retroceder la película otra vez y examinó los movimientos. Casi quince minutos antes de que el cuerpo fuera sembrado en la vereda, la misma *Renault Kangoo* recorrió esa cuadra. Continuó la regresión y, al cabo de otro cuarto de hora, lo mismo. En ambas escenas había alguien parado en la acera, ausente en el intervalo en el que fue abandonado el cadáver: el tierno agente asignado a la guardia, quien tropezó con la sorpresa al regresar del baño.

-El pibe no tuvo la culpa ni andaba en nada raro. Se sirvieron de su descuido -estimó. Dedujo que la camioneta habría sido robada y abandonada completamente limpia de huellas dactilares, o incinerada, al finalizar la ejecución.

Sus pensamientos se licuaron con la llegada del *Ruso* Ramírez, quien exhibía una cargosa extenuación. Trataba de cubrir su cansancio con una sonrisa insípida. El sargento se sentó junto al principal y habló en voz baja, para no ser oído por los colegas que ocupaban otros escritorios en esa misma sala.

-*Tano*, tengo los datos del *mort*: Se llamaba Severino Manfredi, 54 años, casado, tres hijos y antecedentes delictivos por tráfico de drogas, proxenetismo y juego ilegal. Manejaba un garito en Munro, se supone que de su propiedad. Por lo que estuve averiguando, también solía actuar como puntero político, en especial durante las campañas electorales. Según me contó un pajarito, gozaba del padrinazgo de concejales locales, de un influyente comisario de la Bonaerense, del intendente Víctor Quesada y, particularmente, del vicepresidente Pérez Maya.

Azzaro aclamó con aprobatorios devaneos de su cabeza cada dato aportado

por su competente compañero. Prefirió no decir nada sobre lo que le había adelantado Bongiorno.

-¿No te parece demasiada coincidencia *de que* el cadáver Manfredi apareciera a pocos metros del despacho del vicepresidente? –preguntó Ramírez, excitado por la información reunida.

-Sí. Visto así, el caso se presenta muy claro –contestó luego de pasar por alto otro incómodo dequéísmo expresado por el *Ruso*-. Demasiado...

-Una noticia más, *Tano* -continuó Ramírez-: me batieron que Manfredi tenía un tipo de confianza, una suerte de encargado del garito, conocido por el alias de *Cable Pelado*.

-¡Qué bien, *Ruso*, fantástica tarea! –celebró.

El sargento se ruborizó, conmovido por el halago. No recordaba que su jefe lo hubiera tratado de forma tan efusiva en otra ocasión. Azzaro le hizo una seña para que se acercara todavía más.

-Traelo a ese *Cable Pelado*, que quiero hablar con él. Por ahora, sin que se entere el fiscal Martínez. ¡Ah! Haceme otro favor: ¿ya tenés la dirección de la víctima?

-Sí.

-Andá a ver a la viuda. Hacele las consultas de rutina, fijate qué podés sacarle. Con mesura, porque debe estar *shockeada*. Yo voy a llamar a mi amigo Rainone, quien estuvo a cargo de la autopsia.

Azzaro se inclinó otro poco. Cuando sus labios quedaron a dos centímetros de la oreja de Ramírez, le recordó:

-Yo te advertí que no te preocuparas, *Ruso*. Si seguimos así, esto lo

liquidamos en dos patadas.

7

-¿Cuántas puñaladas?

-Veintitrés -repitió el médico forense, al que el policía había llamado para obtener datos clave de primera mano. Azzaro no confiaba en la descomedida apetencia del fiscal Martínez.

-¿Veintitrés?

-Ni una más, ni una menos. Las contamos cuatro veces.

-Linda cifra. *La mariposa* en la quiniela, ¿no?

-Según la tabla de sueños, sí. También es *el cocinero*. Nosotros escogemos los números según la nómina de las profesiones.

-¡Apa! Sos un jugador profesional, Rainone.

-¡No, apenas un amateur entusiasta! El 23 me gusta porque mi piba mayor nació ese día de abril.

-Sí, claro...

-¡Bueno, che, parecés mi esposa! Sigo algún numerito de tanto en tanto, como una manera de relajar un poco las tensiones que nos regala esta bendita morgue. Cuando se presentan casos como este, con los muchachos apostamos a las ocupaciones de los fiambres, si nos enteramos a qué se dedicaban, o por alguna incidencia o elemento vinculado al crimen: *el ahogado, la escopeta, la*

*caída...*

-Este tipo dirigía un garito. ¿Cuál le correspondería?

-A ver, esperá un cachito que reviso el listado... Podría ser el 32, *quinielero*. Le voy a poner unos pesos en el próximo sorteo.

-Jugale al 41, el cuchillo -bromeó.

-Me gusta el 32, pinta mejor en la redoblona con el 23.

-¡Eso! Anótame con cien pesos. ¿Qué otra cosa tenemos?

-Aparte de las heridas de arma blanca, el cadáver evidencia una fortísima contusión en el sector posterior del cráneo, probablemente asestada con un palo grueso. El garrotazo mareó o desmayó a la víctima, pero no la mató. Hay otros raspones provocados por el lanzamiento del cuerpo sobre el embaldosado.

Azzaro recordó la imagen grabada del presunto asesino tirando a Manfredi hacia la vereda, sin la menor cortesía.

-La muerte se produjo a causa de las heridas ocasionadas con un arma blanca. Esto te lo puedo afirmar con absoluta convicción. Por el tamaño y profundidad de las incisiones, determinamos que fueron realizadas con una cuchilla como las que utilizan los carniceros, resistente y pesada, con una hoja espesa y bien afilada, no serrada, de unos cinco centímetros de ancho por unos veinte de largo. No hay dudas de que todas las hendiduras fueron hechas con el mismo elemento, y lo más probable es que haya intervenido una sola persona.

-¿Una sola persona, que apuñaló al tipo por el pecho y por la espalda?

-Correcto. El dibujo y el ángulo de cada corte demuestran que el homicida es

diestro, o usó la mano derecha. Yo me inclino a creer lo primero, por la contundencia de los golpes, la facilidad con la que el instrumento seccionó órganos, músculos y tejidos. Además, juzgo que es un hombre y no una mujer. Esta conclusión, que no es ciento por ciento definitiva, la baso en la potencia con la que fue enterrada la hoja en cada una de las puntadas.

Azzaro, quien tomaba notas con ligereza, recordó la contextura maciza del conductor de la camioneta *Kangoo*. Asentó en sus apuntes que cabía la posibilidad de que el autor del crimen fuera un sicario.

-¿Hallaste marcas de ataduras?

-No, nada. El cuerpo no tenía lesiones en las muñecas ni en los tobillos.

El principal resaltó la referencia en su libreta.

-¿Ratificaste que lo abandonaron ya sin vida?

-Sí, totalmente. Te diría que la muerte se produjo unas cuatro o cinco horas antes de que fuera hallado, cerca de la medianoche. Lo que corroboró que ya había estirado la pata, además de la poquísima sangre diseminada sobre la vereda, es el tipo de magulladuras marcadas en el cráneo cuando Manfredi fue arrojado sobre la acera. Se advierte con facilidad que se produjeron luego de que la lividez cadavérica empezara a actuar formando depósitos de sangre en la zona sobre la que quedó apoyado el cuerpo. ¿Entendés?

-No sólo lo entiendo. Con tantos años y tantas clases que me diste, Rainone, me animo a presentarme en la Facultad a rendir libre el examen de *Medicina Legal*.

-¡Sería genial, nos vendría bien un ayudante para el siempre apetecible turno de cero a seis!

-¡Andate a cagar!

-Voy a ir a cagar después, antes tengo que decirte algo primordial: el cadáver apareció boca arriba, pero previamente estuvo un largo rato al revés, con el rostro y el pecho contra el suelo. Este dato podría tener que ver con la secuencia de las cuchilladas: opino que primero le apuñalaron el área pectoral y abdominal, a continuación la espalda. Así habría quedado, de cara al piso, hasta que lo lanzaron a la vereda. Ese piso pudo haber estado cubierto con una lona, imagino que plástica, quizá para no dejar manchas donde se cometieron los apuñalamientos. En el rostro de Manfredi no hallamos evidencia de rozamiento contra cemento, asfalto ni otra superficie abrasiva.

La inferencia del médico traslucía que, casi con seguridad, la víctima había sido acribillada dentro de la misma camioneta *Kangoo* que la trasladó hasta el Congreso.

-Un capo, Rainone, te pasaste.

-No dramatices. Hemos tenido casos más difíciles.

-Sí, seguro que sí.

-¡Ah, por poco me olvido! Tengo un chisme que te va a gustar.

-¿En qué sentido?

-Pasó la viuda de Manfredi a reconocer el cuerpo.

-¿Estaba muy alterada?

-¡Ni un poquito! El dato llamativo es que no se le piantó una lágrima. ¡Ni siquiera actuó un puchero, un gemido, nada! Cuando destapamos el cuerpo, me dio la sensación de que se contuvo para no celebrar.

-*Y hablame simplemente de aquel amor ausente...*

-¡Ja, tal cual! Ya que citaste *La última curda*, me merezco una cerveza por darte toda esta información antes que al culo roto de Martínez, ¿no? O, mejor, un buen vino.

-Sí, es verdad, te lo ganaste. Me voy ahora mismo a un supermercado y te compro uno en cajita.

-¡Qué ratón que sos! Vos que la vas de experto, podrías conseguirme algo de primera categoría, como aquel tinto que llevaste al asado en lo de Verzetti, ¿te acordás?

-¿Para qué querés un buen vino si lo vas a mezclar con soda?

-¿Qué tiene de malo? ¡Me gusta beberlo así!

-Por eso digo: conformate con un *tetrabrik*...

-Pensar que, hasta hace unos años, vos también lo cortabas con un chorrito.

-Era un nene, ya superé la pubertad.

El forense despidió una carcajada.

-Bueno, debo regresar a la labor. Si tenés más preguntas, llamame de nuevo.

-Tengo una: ¿*Malbec* o *cabernet*?

-Me refería al fiambre pero, ya que consultás, *cabernet sauvignon*.

-Gracias, *doc*.

Azzaro cortó, convencido de que no sería necesario telefonar otra vez a su amigo.

El principal Azzaro atendió la llamada de Ramírez.

-¿Te interrumpo?

-No, *Ruso*. Estaba tratando de armar el rompecabezas.

-Te falta una bocha de piezas, va a ser jodido...

-Sí, es cierto. Digamos que estoy poniendo boca arriba las poquitas que reunimos. ¿Qué conseguiste?

-Tengo tres noticias, una buena y dos malas.

-Parecés *Huracán*: ¡Siempre un gol a favor y dos en contra!

-Claro, porque *Colón* anda bárbaro... Pero, en este caso, permitime que me agrande, porque el tanto a favor vale doble: lo enganché a *Cable Pelado*. Lo estamos llevando para allá en un patrullero. Se entregó mansito.

-¡Qué genio que sos, *Ruso*, clavaste un golazo de media cancha! Ya le consigo un cuarto cinco estrellas en la alcaldía donde pasar la noche, así mañana temprano lo interrogo ablandado. ¿Cómo se llama?

-Fernando Abad.

-Bien, ¿cuáles son las malas nuevas?

-Todavía no aparecen los vehículos.

-¿Los vehículos? ¿Por qué el plural?

-¡Ah, qué tonto, no te lo informé!

-¿Qué?

-Además de la *Kangoo*, falta el coche de Manfredi.

-No comprendo, *Ruso*. ¿De dónde falta?

-De los lugares habituales donde quedaba estacionado, como el garito o su casa. Nadie sabe dónde está: ni su esposa, ni *Cable Pelado* ni otros empleados de la sala de juego.

Azzaro comprendió que la desaparición del automóvil fortalecía la sospecha de que el muerto había sido secuestrado mientras circulaba por la calle.

-¿Qué auto tenía?

-Un *BMW* modelo 2014 de color rojo, patente PNA 678.

-Bueno, extenderemos la petición de búsqueda a los colegas de la bonaerense. Quizá lo encuentren por el Gran Buenos Aires. ¿Averiguaste algo sobre la *Renault Kangoo*?

-Sí: está a nombre de un ciudadano de origen chino que tiene un supermercado en Palermo. El oriental denunció su desaparición ayer, después de ir a buscarla y hallar vacío el espacio donde la había dejado. Se emitió un parte, por ahora con resultado negativo. Como si se la hubiera tragado la tierra.

¿Qué tal la viuda?

-Media fría, distante, poco habladora.

La conversión del adverbio trepanó el oído de Azzaro. Aun molesto, el detective escogió eximir nuevamente a su fructífero asistente de la cátedra de gramática. Ya tenía suficientes complicaciones a las que entregarse.

-¿Te manifestó alguna suposición?

-No, pero se excedió en despegarse de los emprendimientos de su esposo. Repitió varias veces que nunca se entrometía en sus asuntos, que no conocía a las personas con las que él trabajaba, que jamás le preguntaba de dónde sacaba la guita. La sentí achuchada.

-No se me ocurre por qué. Supuestamente, ignoraba a qué se dedicaba su marido.

-¿Será temor a lo desconocido?

-No parece muy desconocido. En cuanto pueda, le voy a exigir que nos aclare el origen de su pánico. Ya veremos. Pero ahora, haceme un favor: ni bien alojes a nuestro huésped, andá a dormir, *Ruso*. Yo también me rajo a descansar un poco. Los viernes suelen ser bravos...

Azzaro colgó. El principal distinguió que la sospecha del Gobierno comenzaba a consolidarse, como la imagen borrosa en una cámara de fotos que adquiere forma a medida que se adapta el teleobjetivo: el homicidio parecía tener un móvil mafioso. Apagó la computadora, guardó el CD y otros artículos en un cajón con cerradura y se preparó para salir. Esa noche, tenía una cita con *Tío Bernabé*.

La persiana de chapa cubría todo el frente de la vinoteca. Las luces del interior se advertían apagadas a través de las rendijas que separaban las tablillas. *Llegué*, escribió Azzaro en su teléfono celular y presionó la flechita

que envió el mensaje de Whatsapp. Una súbita ventolera lo forzó a dar algunos saltitos para desentumecer las piernas. A los pocos segundos, escuchó un ruido metálico. La puertita de la cortina se abrió hacia afuera.

-Pasá –invitó el sommelier Bernabé Carranza desde la penumbra del comercio.

El investigador se agachó y metió su cuerpo larguirucho por el resquicio. Sintió en el rostro helado el contraste con el tibio clima interior. Carranza lo saludó con un beso en la mejilla, cerró la portezuela y le pidió que lo siguiera entre las sombras hasta el salón situado en la sección posterior del local, que se insinuaba poco iluminado.

-Te tengo preparada una gran sorpresa, *Tano* –avisó el anfitrión.

Al ingresar en la extensa habitación que se utilizaba para sesiones de cata privadas, el policía notó que la larga mesa de madera oscura soportaba dos candeleros de tres brazos, uno en cada extremo, mientras que en el centro se alineaban seis copas de cristal, dos botellas de vino tinto y una tercera de blanco, dentro de un balde de acero con cubos de hielo, agua y sal gruesa. Todos los envases habían sido abiertos y aguardaban con sus respectivos corchos a un costado. Un abultado sobre de papel madera, dos servilletas de lino blanco y una bandeja con panes tibios y trozos de parmesano y gouda completaban la escena.

-En el paquete hay dos cartones de *Gitanes* y dos cajitas de *Romeo y Julieta*. Me llegaron hoy.

-Muchas gracias. ¿Cuánto te debo?

-Después me fijo en el remito, no me acuerdo.

-¿Y lo otro?

-La gran sorpresa, enviada por una bodeguita nueva del Valle de Uco.

-¡Qué bellezas! Lo que no comprendo es el porqué de las velas, *Tío*. ¿Te olvidaste de pagar la factura de *Edenor*?

Carranza sonrió antes de brindar la justificación. La tenue luz de las llamas acentuó sus rasgos angulosos y las patas de gallo.

-La bodega se llama *Candelābrum*. Pertenece a un enólogo amigo, afamado por haber elaborado estupendos *malbec* para todas las prestigiosas corporaciones cuyanas. Una eminencia que cosechó medallas de oro en concursos europeos y estadounidenses. ¿Te acordás de aquel *Viejo Aljibe* que probamos en la exposición que se hizo hace dos años en el Sheraton?

-Cómo olvidarlo...

-Lo creó él –especificó el sommelier-. Ese *malbec* arrasó en todos los certámenes y hasta apareció en la tapa de una revista de vinos de Nueva York. Hace un par de años, este muchacho inició un emprendimiento chiquito, casi a modo de *hobbie*, consagrado sólo a la obtención de productos de primerísima calidad. Con sus antecedentes, descuento que debe haber conseguido resultados extraordinarios, así que –abrió los brazos, gesto que a Azzaro le recordó la postura de Manfredi acostado sobre la vereda del Congreso- decidí ofrecerle a esta colección una recepción digna de su casta, por el currículum del artista y la magnificencia de la zona donde maduraron las uvas.

-Siempre atento a todos los detalles, *Tío* –celebró mientras acomodaba su abrigo en el respaldo de una butaca.

El dueño de casa agradeció el cumplido con una reverencia sobreactuada.

-Tenemos un *malbec* –señaló una de las botellas de vino tinto- con un año de

crianza en barricas nuevas de roble americano y francés. El blanco –apuntó a la *frapera*- es un *chardonnay* que también pasó un tiempito envuelto en madera, lo que debe haberle otorgado una pátina levemente mantecosa y avainillada. La joya del grupo, te prevengo, es el *Candelābrum Premium*: ochenta por ciento *malbec*, veinte *petit verdot*, cohabitando entre paredes de roble durante quince meses.

-¡Qué maravilla, Tío! –exclamó Azzaro, ansioso por catar las obras de arte vitivinícolas, en especial la tercera: el *assemblage malbec-petit verdot* era su favorito.

-¿Nos sentamos?

Carranza tomó la aflautada botella de vino blanco y vertió una generosa porción de su contenido en dos de las copas. El sommelier era conocido como *Tío Bernabé* o simplemente *Tío*, a pesar de que no tenía sobrinos. El apodo se lo había ganado a los nueve o diez años, edad en la que comenzó a trapichear estafas menores, aunque muy ingeniosas, que le concedieron los pesos que su familia no podía dispensarle para ir al cine con sus amigos y comerse una porción de pizza después de la función. Los engaños le permitieron, asimismo, escarmentar algunas afrentas. Una de las primeras víctimas en caer en sus *cuentos del tío* fue un compañero suyo de cuarto grado llamado Ezequiel, el vástago de una familia acaudalada que gozaba exhibiendo los frutos de gordas mesadas de padres y abuelos ante pibes que apenas podían darse el lujo de un chocolatín o un alfajor por semana. Una tarde en la que los chicos del grado habían acordado juntarse a jugar al fútbol en la Plaza Flores, Ezequiel apareció con cincuenta sobres de figuritas del Mundial de Argentina '78, se sentó en uno de los bancos que cumplían el papel de arco y empezó a abrir los paquetes delante del resto. Mientras sus amigos admiraban y envidiaban en silencio la fortuna del presuntuoso niño,

Bernabé, furioso por la irrespetuosa interrupción del partido y la superflua demostración de alarde, optó por contragolpear con un extravagante desafío. Señaló un edificio de ocho pisos de altura situado al otro lado de la calle Fray Cayetano Rodríguez y le propuso a Ezequiel apostar todas las figuritas, los cincuenta sobres, doble o nada, a que él era capaz de lanzar la pelota con sus manos juntas, como en un saque lateral en el fútbol, hasta la terraza del inmueble marcado. El altanero mozalbete evaluó el reto. Desconfiaba de que Bernabé tuviera en sus bolsillos el dinero suficiente que cubriera su postura, pero de algo sí estaba seguro: los brazos flaquitos de su retador no estaban facultados, de ninguna manera, para arrojar el balón desde la vereda hasta una azotea que se elevaba a unos treinta metros del suelo.

-Dale, maricón, ¿aceptás o no?

La palabra *maricón* aguijoneó el orgullo del pedante niño. Aceptó. Bernabé cruzó la calle, caminó veinte metros hasta el edificio vecino al que había apuntado, de diez pisos de alzada, conversó con el portero que en ese momento barría la vereda y, con su autorización, subió hasta la terraza. Allí, mientras sus compañeros observaban asombrados desde la plaza, tomó el esférico con las dos manos, lo llevó hacia la nuca, arqueó el cuerpo imitando a los futbolistas que veía en la televisión y efectuó un perfecto tiro que hizo blanco en la azotea convenida, situada seis o siete metros más abajo. Ezequiel pataleó, pero debió aceptar la derrota cuando el resto de los chicos le expuso que Bernabé nunca había manifestado que impulsaría el balón desde la vereda. Luego de que el humillado pibe se largara con las manos vacías y la cara morada de bronca, *Tío* repartió el botín entre sus amigos. Al fin y al cabo, las figuritas le importaban un pepino. Los premios de esa tarde consistieron en continuar el partido y confirmar que disponía de un don especial para ganarse la vida embaucando bobos.

Azzaro y Carranza se conocieron diez años antes, durante la investigación del crimen de un bodeguero mendocino. Su cuerpo regordete apareció dentro de un automóvil detenido en una oscura y solitaria calle de Barracas, con dos disparos en el pecho y apenas cubierto por un corpiño y una minifalda, ambos negros. Una peluca rubia y los labios pintados de furioso carmesí completaban el atavío del empresario vitivinícola, casado y con tres hijos. Las pericias no arrojaron demasiadas pistas. Consumidas algunas semanas de infructuosa averiguación, el fiscal y el juez coincidieron precipitadamente en sobreseer la causa: el homicidio lo había consumado un codicioso *taxiboy* imposible de identificar. El policía olfateó que alguien había estado demasiado interesado en la muerte del bodeguero, y no precisamente un prostituto, pero se rindió ante las urgencias del fiscal, del juez y de la familia del occiso –sobre todo, del padre- para que el asunto se olvidara lo más rápido posible. Carranza declaró como testigo porque, unas horas antes del macabro hallazgo, había mantenido una reunión de negocios con la víctima. La deposición comenzó en el Departamento Central y terminó ya avanzada la madrugada en la vinoteca de *Tío Bernabé*, donde Azzaro ingresó al mundo de las cepas. El glamoroso jugo de uvas se destapó como una vía de escape más deliciosa y menos destructiva que el whisky nacional o la caña, las armas principales que, hasta ese momento, el policía había empuñado cada noche para pelear contra los espectros que germinaban en la cruenta labor cotidiana.

-Untuoso y con una equilibrada relación entre fruta y pan tostado –sentenció.

-Estoy de acuerdo –terció el sommelier, mientras envolvía un triangulito de gouda con una *figazzita*.

-El paso por barrica –continuó Azzaro tras gozar de otro sorbo- es exacto. Redondea las cualidades de la uva sin permitir que la madera imponga su presencia.

-Sí, y le otorga, además, un suave toque de nuez moscada. Combinalo con el gouda –aconsejó el entendido.

El investigador aceptó la sugerencia y también se preparó un pequeño sándwich de queso. Se percató de que no había comido nada sólido en todo el día, y que sólo había calmado el estómago con cafés de máquina y cigarrillos negros. Mordió un trocito y lo fusionó con un trago de *chardonnay*. Paladeó la mixtura en silencio, goloso. Le pareció exquisita.

-Me asignaron el crimen del Congreso –comentó con la boca todavía repleta de sensaciones.

Su anfitrión sacó la botella del balde y repartió el resto de su contenido sin modificar el semblante, como si no lo hubiera oído.

-El crimen del Congreso –insistió-, el del tipo que apareció acuchillado.

-Sí, algo escuché en la televisión –contestó *Tío* sin quitar la vista del líquido ligeramente dorado que llenaba los finos recipientes-. Los cronistas que salían desde el lugar hablaban mucho pero no decían nada. Bolaceaban a lo loco.

-¡Los periodistas! Unas veces inventan, otras... ¡también! Siempre ocultos detrás del condicional: sería, estaría, habría...

-Bueno, alguien tiene que desinformar a la gente, ¿no?

Ambos rieron. El sommelier volvió a inspirar con la nariz dentro de su copa.

-¿A qué se dedicaba la víctima?

-Dirigía un garito, regenteaba putas, traficaba *merca*. Un tipo duro que, además, ejercía como puntero político del oficialismo en Munro y otros barrios.

-Un malevo muy de agallas y de fama bien sentada...

-Así terminó.

-¿Ya contaron las puñaladas?

-Veintitrés.

-¿Veintitrés? Qué raro...

-¿Por?

-Es un número extraño. Algunos numerólogos...

-¿Boludólogos? –lo chicaneó Azzaro.

-Algo así, je. Estos supuestos adivinos, por llamarlos de algún modo, le otorgan una singular influencia a esta cifra. Se basan en que los humanos poseemos veintitrés vértebras, en que nuestro ADN está dividido en veintitrés pares de cromosomas.

-Yo había pensado en la camiseta de Michael Jordan.

-¿La víctima jugaba al básquetbol?

-No lo sé.

Carranza vació su copa.

-¿El *Gordo* te presionó?

-Sí, aunque con inusual diplomacia.

-Imagino la morsa con la que le deben estar apretando los testículos...  
¿Pasamos al *malbec*? –invitó a su huésped.

El policía aceptó y terminó la degustación de la primera cepa con un *fondo*

*blanco* y el resto del emparedado de queso. *Tío* vertió un líquido de intenso cuerpo violáceo en otros dos cálices de cristal. Le ofreció uno a su amigo, quien lo tomó por el tallo y lo acercó a sus fosas nasales. Los dos inhalaron con deleite los aromas que surgían desde el interior de sus copas. Azzaro aprobó con un devaneo. Carranza inclinó la suya sobre una servilleta blanca para contrastar mejor el color de la bebida.

-Tranquilo, *Tano* –manifestó con la mirada fija en la sustancia granate-: todo se supera con un buen baño, una copa de vino y un plácido descanso.

El principal absorbió un buen trago de la exquisita bebida.

-Dos de tres. No está mal...

## 10

Por segunda alborada consecutiva, el sueño de Azzaro fue crispado por el timbre alborotador de su teléfono celular. Aunque el aparatito sonó en un horario más piadoso, las seis de la mañana, el áspero vozarrón del comisario inspector Martín *El Gordo* Bongiorno serruchó la cabeza del detective.

-¿Viste la portada de *El Rotativo*? –preguntó prepotente, sin saludar.

Tuvo el impulso de rebatir con sarcasmo -*Sí, me levanté a las cuatro a comprar el diario y facturas*- mas no le quedaba temple para la chanza. Se había dormido pasada la medianoche, agotado por un jueves largo y arduo y una cata deliciosa, aunque demasiado abundante para la víspera de una jornada complicada.

-¿Qué dice? -inquirió sin abrir los ojos, que ardían por la fatiga y el alcohol que había ingerido junto a *Tío Bernabé*.

-*Crimen del Congreso: una amenaza contra Pérez Maya*. No lo publicaron con letras chiquitas en un recuadrillo, como podrías suponer desde tu cómodo *box spring*. ¡Es un título *catástrofe*, con una tipografía inmensa, la más grande que encontraron en la puta imprenta!

Azzaro eludió la cáustica acotación colchonera.

-¿Me estás acusando de algo, *Gordo*?

-Decime vos. ¿Sabés en qué basan esa afirmación? –replicó Bongiorno.

-¿A ver?

-En que el cuerpo tenía veintitrés heridas de arma blanca, la misma cantidad que recibió Julio César.

-¿Quién?

-¿Te suena un emperador romano que se llamaba Julio César?

-¡Claro! El de *vini, vidi, vinci* y *alea jacta est*. Realmente, no llegó a ser emperador sino dictador, que en la antigüedad...

-¡Dejá la clase de Historia para otro momento, *Tano*!

El detective reconoció que se había ido por las ramas y prefirió poner paños fríos a la charla.

-No me queda claro, *Gordo*, ¿qué tiene que ver Julio César, aparte de que se llamaba como el vicepresidente?

–Parece que tiene bastante que ver. Según la nota amarillista de este pasquín, una fuente, no digo que hayas sido vos, pero quizá tu amiguito Rainone, le

batió a un periodista de *El Rotativo* que el cuerpo de Manfredi tenía veintitrés agujeritos. No sé cómo ataron cabos, pero mirá lo que son las casualidades: a Julio César, emperador o no sé qué mierda de investidura dijiste que tenía el infeliz, lo hizo papilla una turba de pelotudos en la escalinata del antiguo Senado romano. Le metieron veintitrés puntazos. ¡Veintitrés, como a Manfredi! ¿Entendés ahora?

Azzaro se incorporó en su cama, movimiento reflejo estimulado por las desorbitadas injurias que expelía su jefe.

-Alto, Martín, bajá un cambio- exigió mientras se sentaba sobre el borde del somier con las largas pantorrillas colgando de costado-. Yo pongo las manos en el fuego por Rainone, te aseguro que no abrió la boca. Puede ser que, eventualmente, alguno de sus compañeros haya pasado algún dato. Rainone, no. El tipo es de fierro. Y respecto a la hipótesis del diario...

-¿Qué hipótesis? La verdad, no los culpo: si sumamos el nombre Julio César, las coincidente cantidad de heridas de arma blanca y el Senado, hay que ser muy boludo para pensar en otra cosa que no sea un mensaje mafioso dirigido contra Pérez Maya. ¿Estás de acuerdo?

Azzaro eligió no responder.

-Muy bien –continuó Bongiorno-, el periodista de *El Rotativo* no es ningún boludo.

-*Gordo*, apenas llevamos 24 horas en esto y ya conseguimos un montón de pistas. Hoy voy a interrogar a un empleado de Manfredi que espero que sea clave para resolver el embrollo. Yo te concedo que el homicidio podría tener que ver con un mensaje mafioso para el vicepresidente, pero necesitamos agotar primero otras posibilidades. Siempre nos pedís que no nos comamos el primer caramelo que encontramos. Además, no te podés encabronar así por lo

que dice un delirante que debe haber llegado a esa conclusión navegando por *Google*.

-Sí me puedo calentar, ¿cómo no? Hace un ratito me llamó de nuevo Ortega. No sabés cómo están en la *Rosada*...

-No es asunto nuestro.

-¡Sí que lo es! Ortega me puteó, a él lo reputeó el ministro a quien, a su vez, recontraputearon desde la Casa de Gobierno, ¿entendés? Yo a vos no te insulto, porque te considero mi mejor detective y te respeto muchísimo. No obstante, debo advertirte que, si en 24 horas no conseguís un indicio que nos permita avanzar, aunque sea unos metros por un senderito embarrado, me van a obligar a cortarte las bolas. ¿Te quedó claro?

Bongiorno colgó antes de que Azzaro pudiera contestar. El principal repasó que los últimos diálogos telefónicos con su jefe se habían interrumpido de manera abrupta. Miró su entrepierna. ¿Necesitaría comprar *bóxers* de un talle menor?

-Mi mujer me llamó desesperada desde Suecia.

-¿Qué pasó?

-Leyó la noticia en la edición *on-line*.

-Ah, la nota sobre Julio César... ¿Viste cómo les gusta la sangre a esos hijos de puta?

-No tienen ningún respeto, viejo. ¿No se dan cuenta de que hay chicos de por medio?

-Son hienas, pero a mí me parece que, por fin, han hecho algo positivo.

-¿Qué tiene de positivo, Oscar? ¡Vos mismo dijiste que esto no debía trascender para que no quedáramos como boludos! Si al menos mi esposa hubiera muerto de un infarto...

-Tranquilo, Julito. Lo pensé mejor, la presión mediática nos viene al pelo. Ante la opinión pública, somos víctimas. Ahora tendremos carta blanca para luchar contra la mafia. ¿Quién se va a oponer a que acabemos con esos farsantes? Además, toda esta trascendencia juega en contra de ese tal *Yarará*. Ahora no le resultará fácil mantenerse oculto mucho tiempo, ¿entendés?

Pérez Maya afirmó con la cabeza, relajado por la contención ofrendada por Iglesias.

-También –agregó el Presidente- es una patada en el culo para los *canas*. Se van a tener que dejar de pelotudear y concentrarse en atrapar a ese indeseable. Nosotros, por ahora, nos vamos a hacer los ofendidos.

Lo primero que solicitó Fernando Abad fue autorización para fumar. Azzaro lo habilitó para prender un *Marlboro* con un escueto *adelante*. Quería apreciar con qué mano utilizaba el encendedor. La izquierda. *Cable Pelado* expulsó una bocanada y recién entonces demandó que se le comunicara por qué había tenido que dormir dentro de una celda del Departamento Central, y

si se encontraba en aquella sala, sentado frente a esa mesa metálica, como acusado o como testigo.

-Señor Abad –expuso el principal mientras se reacomodaba en su silla-, no puedo satisfacer sus dos inquietudes. Tal vez consiga hacerlo dentro de un rato, si usted aplaca mi curiosidad.

-¿Puedo pedir un abogado?

Azzaro no era un policía convencional. Las expresiones, tonos de voz y recursos psicológicos que esgrimía para conseguir determinada actitud o respuesta de un testigo, una víctima o un presunto delincuente, no eran los favoritos de sus toscos instructores en la antigua escuela de cadetes *Coronel Ramón Lorenzo Falcón*, donde había estudiado. Él prefería escrutar el lenguaje oral y corporal del interpelado, sus emociones, recurrir a su espíritu, no al abuso. La experiencia brindada por miles de horas dentro de la sala de interrogatorios le había demostrado que, para obtener un testimonio útil, proviniera de un informante o de un acusado, era imprescindible dominar la escena con agudeza. Él solía proporcionar una cuota de seguridad donde el inculpado –comúnmente, nervioso y atormentado en ese ámbito desconocido- pudiera hacer pie sin ahogarse ni resbalar por un precipicio. Otros detectives, más pragmáticos y atroces, escogían conceder un respiro a una andanada de coacciones verbales... o de trompadas. En opinión de Azzaro, la violencia física no resolvía una interpelación, la desvirtuaba: una víctima de tortura puede inventar una confesión o aceptar cualquier sugerencia de su verdugo a cambio de suspender la vejación, aseveraba.

-Abad, permítame ponerle en claro dos cosas antes de comenzar con este trámite: Primero, a partir de ahora, las preguntas las hago yo; segundo, mi único objetivo es determinar quién mató a Manfredi y por qué. Me importa un carajo lo que usted haga o haya hecho en ese antro de Munro. Eso a mí no

me compete y, por cómo viene la mano, a los de arriba –subrayó sus dichos levantando el pulgar de la mano derecha hacia el techo- tampoco. ¿Hasta aquí vamos bien?

Abad asintió con un movimiento de la cabeza.

-Aclarado esto –continuó-, le advierto que nunca descarto ninguna hipótesis ni a ningún sospechoso, y usted, todavía, se encuentra en esta última categoría.

-Piense lo que quiera –intervino el demorado-. Yo no maté a *Seve*. No hubiera podido, nunca. Él no era sólo mi jefe, sino también mi amigo, el tipo que me rescató del miserable agujero en el que había caído, el que me protegió y me dio la oportunidad de tener un empleo, otra vida.

-Entonces, ¿para qué quiere despilfarrar plata en un cuervo? Como le decía –prosiguió el investigador-, usted está aquí como potencial acusado, condición que puede cambiar si me ayuda a desatar el nudo gordiano en el que quedé enlazado. ¿Va a cooperar?

La propuesta del policía lo pilló con la guardia baja. Abad relajó un poco la dureza de sus rasgos aceitunados, entre los que sobresalía un brillante par de ojos verde agua.

-Yo soy otra víctima de su muerte –balbuceó, algo perdido.

-¿Por qué?

Abad no contestó. Dio una larga calada a su cigarrillo mientras examinaba la mirada de su interrogador. El *cana* lucía recto y su voz cálida generaba confianza, aun cuando la inflexión sonara intimidante.

-¿Qué quiere saber, inspector? –se entregó.

-Principal -lo corrigió Azzaro-. En la escala jerárquica, el de inspector es un grado inferior.

El detective tachó la primera pregunta de la lista redactada en varias páginas de su libreta. El cabello cobrizo de Abad despejó sus dudas sobre el apodo *Cable Pelado*. Apuntó que el declarante era zurdo, medía 1,80 metros de alto y sus brazos no tenían los músculos demasiado desarrollados. Innegablemente, este hombre no había manejado la *Renault Kangoo* aquella madrugada.

-¿Quién mató a Manfredi?

-No podría certificarle quién lo hizo, no lo sé. *Seve* tenía tantos enemigos que podrían llenar la cancha de River –reconoció sin ambigüedades.

-Estaba metido en muchos quilombos, ¿no? Algunos, de modo literal -sugirió Azzaro.

-Puede ser -concedió con cierta reticencia.

-¿Drogas? ¿Autos? ¿Armas? ¿*Minas*?

Abad dio una nueva pitada y largó el humo muy despacio. Las volutas alimentaron la nube que engordaba contra el cielorraso de la habitación.

-*Seve* no le esquivaba el bulto a nada. Nuestro club es... o era, un imán para toda clase de traficantes. Algunos tipos se sentaban a jugar y, cuando quemaban su capital, pedían más fichas y, a cambio, ofrecían cualquier clase de productos. Él aceptaba la que fuera porque podía comercializarlos.

-¿Usted lo ayudaba con esas incumbencias?

-No, nunca me metí con las transas. Ya tenía bastantes responsabilidades en el club. Mi relación con los pagos en especias sólo se limitaba a hacer de

eslabón entre el cliente que ofrecía mercadería a cambio de fichas y *Seve*. Nada más.

-¿Esa mercadería era llevada al club?

-No. *Seve* tenía un depósito situado a unas cuadras, un galpón donde la recibía y la vendía. No es bueno que los clientes blanqueen sus deudas delante de otros jugadores, en especial si el pago se concreta con sustancias *non sanctas*.

-¿Conoce ese depósito?

-Fui algunas veces, pero nunca avancé más allá de la oficinita que había al frente. Sólo acudía para tratar con *Seve* ciertos negocios que no podíamos conversar por teléfono. Usted me entiende.

-Más o menos... ¿Era muy largo el listado de morosos incobrables?

-No, para nada. Nuestra clientela se caracterizaba por ser muy cumplidora.

-¿Y las prostitutas? ¿Quién las regenteaba?

Un relámpago crispó la mirada de Abad, quien se reacomodó en su asiento y dio una profunda calada a su cigarrillo antes de responder.

-*Seve*, aunque ese tema era diferente.

-¿Diferente?

-Claro. Cada noche concurrían tres o cuatro chicas, siempre conocidas de *Seve*, de su confianza, quienes actuaban por su cuenta y rendían un porcentaje de lo que cobraban a cambio de la seguridad que les brindábamos y, desde luego, la selecta clientela a la que podían acceder.

-Usted me quiere decir que el garito no funcionaba como prostíbulo...

-No, señor –reaccionó, vehemente-, de ninguna manera. ¡Nadie se encamaba en el club!

El policía distinguió un destello de rabia.

-Bueno, no se altere. Explíqueme cómo se materializaba esa especialidad.

El demorado pitó para apaciguarse. Expulsó el humo y, más sereno, describió:

-Los interesados debían llevar a las chicas hasta un hotel o a su casa. Ese era un servicio más que prestábamos a nuestros concurrentes, como ofrecer un trago o una botella de champán, con una diferencia: los licores femeninos se degustaban afuera.

-Está bien –Azzaro anotó en su libreta, con un garabato, que la exposición se había consolidado en tiempo pasado-. ¿Alguna vez escuchó o presenció que un cliente del *club*, como usted lo llama, amenazara de muerte a Manfredi?

Abad organizó su réplica mientras lanzaba la última bocanada y apagaba el pucho en un cenicero que le había alcanzado su interrogador.

-No de un modo tan directo –confesó-. Algunos malos perdedores se calentaban, circunstancia que reconozco lógica. Hay gente que dilapida fortunas en las mesas de ruleta, de póquer, de *black jack*. Nadie puede irse feliz después de un gran sacudón. Para eludir cualquier disgusto, teníamos empleados de seguridad que sabían cómo restablecer la calma. ¿Comprende?

-No, ¿cómo la restablecían?

-Con diplomacia, por supuesto. Jamás se ha fajado a nadie dentro del club, aunque supe por chismes que algunos de los arruinados se marcharon insultando por lo bajo, murmurando que la ruleta estaba tocada, por ejemplo.

-¿Era así?

-No, en absoluto -*Cable Pelado* incendió la punta de otro cigarrillo.

-No le creo.

-Bueno, eso es asunto suyo -juzgó mientras lanzaba humo por la nariz. Azzaro lo dejó pasar. Esa trama no parecía fundamental en la carrera por resolver la ciclópea complicación que quemaba entre manos.

-Usted remarcó, hace unos momentos -leyó sus notas-: *Nuestro club es... o era, un imán para toda clase de traficantes. ¿Por qué se corrigió? ¿Cree que el boliche murió con Manfredi?*

-Lo ignoro.

-¿Tenía la víctima socios o amigos que pudieran estar motivados para continuar con su explotación?

Abad arrugó los labios antes de contestar.

-Que yo sepa, *Seve* era el único propietario.

-¿Quién podría dirigir el emprendimiento?

-No lo sé.

-¿Usted?

-No me da el cuero -aceptó con una nota de amargura-. En todo caso, veré si continúo laburando allí o si me voy. Todavía no me puse a pensar en eso. El cuerpo de *Seve* aún está tibio.

El detective decidió reorientar el sondeo.

-Abad, usted me garantizó que ignora quién mató a Manfredi. Yo doy por

seguro que debe barajar alguna teoría. ¿Por qué cree que lo liquidaron?

El hombre abrió la boca como para comentar algo, pero no emitió sonido. Destinó el resquicio a instalar el pucho. Preparó la respuesta con el cigarrillo bailando entre los labios. Azzaro estudió cada ademán.

-Estoy perplejo –dijo al cabo de unos segundos-. *Seve* sabía moverse bien, qué botones tocar, cómo solucionar aprietos. O, mejor dicho, cómo preverlos y eludirlos. Por lo general, se adelantaba a los inconvenientes, guiaba con extremada cautela a aquellos que podían considerarse perjudicados por sus iniciativas. A algunos, *Seve* los hacía socios, los cautivaba con nuevos emprendimientos. A otros, los más perejiles, los tenía a raya con sus contactos en la política o la policía, o él mismo les ponía un *chumbo* en la cabeza para que se dejaran de joder.

-¿Solía disparar ese *chumbo*?

-No, nunca. El aviso resultaba lo suficientemente claro y evitaba que un eventual problema le explotara en las manos.

-No es lo que parece: uno explotó, finalmente, aunque no en las manos...

-Sí, tiene razón –concedió, lacónico, tras dar una nueva calada.

El principal no conseguía que Abad se soltara. En la apertura de su deposición, *Cable Pelado* definió que Manfredi había tenido muchos adversarios, una confidencia que no se decantaba aún hacia una presunción determinada que aclarara el crimen. Era evidente que el testigo guardaba más de lo que aportaba. Si bien trataba de mostrarse rudo, sus poros liberaban el inconfundible olor del miedo a algo... o a alguien. El investigador lo advirtió y decretó una tregua con preguntas menos ríspidas. Acaso lograra relajarlo, distraerlo y, más adelante, clavarle los colmillos en cuanto lo enganchara

descuidado.

-Fernando, ¿cuándo vio a Manfredi por última vez?

-El miércoles, unas horas antes de que apareciera muerto. Salió del club a eso de las nueve de la noche. Nos despedimos como siempre y yo me quedé hasta el cierre, a las cuatro de la madrugada.

-¿Le indicó para dónde se iba?

-No, no me lo informó. Supongo que se dirigió hacia su casa.

-¿Trató de comunicarse con él al día siguiente?

-Sí, lo llamé poco después del mediodía, porque debía consultarlo sobre el pago a un proveedor de bebidas. Lo hice un par de veces y no me atendió. No me intranquilité, solía ocurrir. A las dos horas, me avisaron que había aparecido asesinado.

-Confirmamos que tenía esposa y tres chicos. ¿Frecuentaba a otras mujeres?

Azzaro observó un tenue gesto de incomodidad en el declarante.

-Bueno –prosiguió enseguida, repuesto-, usted sabe cómo es la noche...

-No, no lo sé. ¿Cómo es la noche?

-Tentadora.

-¿Podría ser más claro?

-Al club asistían a jugar numerosas mujeres. Así como algunos tipos cambiaban mercadería por fichas, las damas...

-Entiendo, no preciso más detalles sobre esas transacciones. ¿Cree que el crimen pudo haberlo cometido un marido celoso?

Abad apagó su segundo *Marlboro* y manoteó el paquete con la intención de pasar al tercero.

-No, no lo creo, pero usted ya me previno que nunca descartaba ninguna hipótesis.

-¿Qué pretende decirme?

-Que *Seve* era un tipo grandote, fortachón, acostumbrado a resolver problemas a las piñas. Si se le presentaba un evento muy comprometido, estaba preparado para defenderse a los corchazos.

-¿Y?

-¿No lo pillas? Para acercarse a él, había que ser muy cojudo. No era una gestión para cualquiera.

-Como cualquiera de los que perdían en las mesas...

-Exacto. Para mí, esto fue obra de un profesional.

-¿Qué arma llevaba Manfredi?

-Una *Glock* 30.

-¿A la flauta! ¿A qué guerra iba?

-No sé. No le sirvió de mucho, de todos modos...

Azzaro registró la ironía.

-¿Qué opina de la viuda de Manfredi? ¿Pudo haber encomendado el crimen por despecho?

-No me parece.

-¿Y qué le parece? Vamos, Fernando, déjese de gansadas. Usted guarda

mucho más de lo que expresa, no trate de engañarme. ¡Usted no está confundido! Si no me da algo útil, voy a tener que guardarlo varios días en la suite donde durmió anoche, o meterlo en otra más acogedora, con unos lindos chicos, muy amorosos, sobre todo con galancetes de ojitos claros. Así, no se va a sentir solo. Además, lo entregaré al fiscal embalado con papel de regalo. Le aviso que él no va a tener tanta paciencia y es bastante más creativo que yo a la hora de proyectar el escenario de un crimen.

Abad fijó sus faros verdes sobre los oscuros de Azzaro. Mantuvieron la mirada hasta que el interrogado pestañeó. *Perdió*, concluyó el principal.

-No se pase de vivo –lo apretó-. ¿Qué está tratando de venderme? ¿Que un anciano con mala suerte contrató a *Rambo* para recuperar la jubilación perdida en una ruleta entongada?

El indagado exhibió media sonrisa. El policía definió que era el momento de golpear sobre caliente, vigorizar la coerción con firmeza.

-Si pretende encubrir a alguien, esa persona ya debe saber que usted está acá. Imagínese la situación: el tipo llega al club y usted le jura que no dijo nada. Yo no tengo dudas, él le va a creer, ¿o no?

Abad tomó un nuevo cigarrillo, lo prendió y exhaló el humo hacia arriba. No podía controlar su nerviosismo.

-¿Puedo confiar en usted?

-Por supuesto. Es más, si lo desea, hablo ahora mismo con mi jefe para que el juzgado le asigne una custodia de inmediato –Azzaro mutó del policía malo al bueno.

-Sí, por favor, pero no la quiero para mí. Yo me puedo cuidar solo.

-¿Para quién, entonces?

El testigo pitó antes de contestar.

-Hay una chica que trabajaba en el club. Se llama Melina.

-Delo por hecho. ¿Tiene apellido la señorita Melina? ¿Dirección? ¿Número de teléfono?

Abad agarró la libreta del *cana*, buscó una hoja en blanco y, con el bolígrafo del investigador, escribió una serie de letras y cifras. Cuando completó sus garabatos, devolvió el anotador, se recostó sobre el respaldo de la butaca y le dio otra chupada a su *Marlboro*. El detective separó la hojita y la guardó en un bolsillo.

-Algo extraño ocurrió la semana pasada –anunció al cabo, más templado-, no recuerdo bien si el martes o el miércoles. Por la tardecita, *Seve* se reunió en su oficina, la que tenía en el primer piso del club, con un *culata* que, por lo que se decía en el ambiente, actuaba para la mafia del juego en la Provincia. Un tipo *grosso* que pasaba cada quincena a retirar un pago a cambio de una supuesta protección.

-¿Cómo se llama ese individuo?

-No sé. Todos lo conocen como *Yarará*. Es un hombre con fama de duro.

-¿Un pistolero?

-Lo ignoro.

-¡Lo ignora! Vale, déjelo ahí. ¿Qué tuvo de inusitado ese encuentro?

-Comenzó como un trámite normal, como la mayoría de las reuniones que *Seve* mantenía con él en el club.

-¿Y por qué le resultó especial, Fernando?

Abad bajó la vista hacia el suelo.

-¡Vamos, viejo, lárguelo ya!

-Bueno, bueno, ¡no se altere! –aspiró una vez más-. Esa tarde, la visita tuvo un perfil inusual. *Seve* y *Yarará* empezaron a discutir a los gritos. Me llamó la atención, porque hasta entonces el trato entre ambos siempre se había mostrado bastante cordial.

-¿Qué se decían?

-No alcancé a escuchar los pormenores, porque habían cerrado la puerta y yo estaba abajo, ocupado con varias dificultades por solucionar. De todas formas, estoy seguro de que la expresión de *Yarará* era de reproche o exigencia.

-¿Seguro?

-Yo juzgué que recriminaba algo. *Seve* le contestaba con una entonación enérgica, como si se disculpara o se negara a obedecer alguna pretensión.

-¿Manfredi le hizo a usted algún comentario sobre ese encuentro?

-No, nada. Nunca compartía esas cuestiones conmigo y, que yo sepa, con ninguno de los empleados del club.

-Disculpe, Abad, no me queda claro por qué me cuenta esto.

-¿Cómo? ¿Ustedes no se enteraron?

-¿No nos enteramos de qué? ¡Por favor, sea más específico!

-Perdón –aplastó su tercera colilla contra el cenicero-, pensé que sus buchones le habían dado buena *merca*.

-Me dieron su nombre. ¿Es poco?

-Claro que sí. *Seve* tenía fuertes contactos con el oficialismo, en especial con el vicepresidente Pérez Maya y el intendente Quesada. Para la última elección, no sólo aportó una significativa cantidad de pesos, sino que colaboró como puntero.

-Eso ya lo sabía...

-Lo que no sabía es que la mafia del juego lleva varios años presionando a Pérez Maya, desde que este era gobernador. Aspira a que se modifique una ley que prohíbe los casinos privados en el ámbito de la provincia de Buenos Aires.

-¡Quieren un casino para usarlo como lavadero de sus trapisondas!

-¡Usted es una luz!

-Para nada. Ayer, casualmente, vi una película sobre el tema con Robert de Niro... ¿Entonces? ¿Por qué vincula esta disputa con la discusión que mantuvieron Manfredi y el famoso *Yarará*?

Abad encendió otro *Marlboro*, el cuarto.

-Ya que la mafia no puede tener su propio casino legal, principal, quizá resolvió apoderarse de todos los garitos de la Provincia.

-¿Con qué objeto?

-Cortarle a Pérez Maya un chorro de enormes y constantes ingresos. Y el pobre *Seve*, al mismo tiempo por sus conexiones políticas, era el blanco ideal para mandar un mensaje rotundo, inequívoco al vicepresidente y a todos los Manfredi de la Provincia.

Azzaro se rascó la cabeza.

-Su jefe se negó a entregar su club y la mafia le cantó el *¡no va más!*

13

En cuanto salió de la sala de interrogatorios, Azzaro se juntó con Ramírez, quien había escuchado el diálogo y, mientras tanto, llamado a varios de sus contactos para corroborar algunos detalles.

-*Yarará* debe ser un tal Leandro Sosa Gaona, un tipo pesado que aprieta comerciantes a cambio del pago de protección, administra agencias de quiniela y casinos *truchos*, *trapitos*, saunas, remises... Tiene varias causas *freezadas* en juzgados de todo el Gran Buenos Aires. Se sospecha que opera para la mafia del juego.

-Muy bien, alumno *Ruso*, tiene un nueve. Si me lo trae esta tarde, le pongo el diez.

-Lo intentaré, aunque dudo que lo pueda localizar tan fácil como a Abad. A propósito, ¿qué hacemos con este hombre? ¿Lo largamos?

-¿Tenemos todos sus datos?

-Sí.

-Soltalo, si bien presumo que muy pronto tendré que hablar de nuevo con él. Lejos de Martínez, *bien sûr...*

-¿Lo descartás?

-Él no lo mató, o de seguro no fue el ejecutor. Por ahora es sólo un testigo. Yo me voy a conversar con la tal Melina. No sé por qué presiento que puede aportar algo consistente.

-¿Te parece necesario? La declaración de Abad cierra por todos lados.

-Es la declaración de Abad, no lo olvides. No podemos confiarnos. Al cerrar, podría aplastarnos los huevos.

## 14

Azzaro aparcó su automóvil junto a la vereda de una calle arbolada de Villa del Parque. Al bajar del vehículo, mientras se calzaba el sobretodo, observó con sigilo que un *Peugeot 206* se detenía en la esquina. No alcanzó a visualizar su patente, mas su experiencia le anunciaba que se trataba del mismo coche con vidrios polarizados que lo había seguido a lo largo del viaje desde el cuartel policial. Fingió no haber reparado en la presencia del auto y se dirigió hacia la entrada del edificio. Tocó el timbre del departamento tercero C, según las indicaciones del papelito, y se identificó cuando una voz femenina preguntó quién era. Aguardó a que la mujer bajara a abrirle. ¿Cuánto tiempo hacía que los porteros eléctricos habían dejado de destrabar las puertas y sólo se utilizaban como intercomunicadores? *La inseguridad no es una sensación*, refrendó. Mientras esperaba, confirmó con un vistazo velado que el *Peugeot* seguía en su posición, a unos cincuenta metros.

Un minuto después, una atrayente morena de rasgos finos y seductores ojos negros liberó la cerradura con su llave y, tras las introducciones de rigor, ofreció al policía pasar a la recepción. Ingresaron a un estrecho ascensor y

subieron sin dialogar. La llamada de Abad había prevenido a Melina y ahorrado al principal brindar explicaciones sobre el motivo de su presencia allí. Al acceder al interior de la vivienda, Azzaro se sorprendió por el orden y la limpieza del humilde pero acogedor hogar, decorado con buen gusto. Un fuerte aroma a lavanda perfumaba la estancia, aunque el investigador percibió que no alcanzaba a disimular por completo la fetidez impregnada por el humo de cientos de cigarrillos en cortinas y sillones. Desde una habitación contigua llegaba el cuchicheo de un bebé. La anfitriona le ofreció asiento a la mesa de la sala, vestida con un mantel de tela blanco con diminutas rosas impresas y rodeada por cuatro sillas de algarrobo. Corrió una, colgó su abrigo en el respaldo y se sentó.

-¿Quiere un café? -convidó la muchacha.

-Sí, por favor. Lo tomo negro, con un poco de azúcar –aceptó. Reprimió sus deseos de fumar, no podía contaminar todavía más el ambiente del niño. Luego, extrajo una libreta de su saco, la abrió y buscó unas anotaciones.

-Melina -levantó la voz para que la mujer oyera desde la cocina, donde preparaba la infusión-, usted trabaja o trabajaba en el club de Manfredi. Permítame aclararle que no vine a averiguar sobre su vida privada ni sus, digamos, actividades laborales. Tampoco a reprenderla o criticarla. Estoy tratando de determinar quién mató a su empleador y por qué. Ese es mi único objetivo.

Desde el ambiente contiguo, la chica sólo masculló un álgido *ajá*. Azzaro dejó su asiento y se paró debajo del vano de la puerta, con el hombro apoyado contra el marco. Espió cómo la joven colocaba café instantáneo en dos pocillos, agregaba el agua hirviendo y revolvía hasta conseguir un líquido oscuro con una ligera espuma en la superficie.

-Estoy aquí porque Abad me solicitó que la protegiera. Por carácter transitivo, intuyo que su ayuda puede ser muy provechosa para mi búsqueda. ¿Quién cree usted que mató a Manfredi?

-¿Me había dicho con una de azúcar? -indagó Melina, quien aparentaba estar concentrada en la elaboración de las bebidas.

-Prefiero que responda mi pregunta -la cortó.

La chica, como si no lo hubiera oído, levantó la bandeja que cargaba una azucarera, dos cucharitas y las dos tacitas humeantes, una para el policía, otra para ella, y encaró hacia el *living*.

-¿Me va a contestar, Melina? -insistió el principal, quien obstruía el paso de la joven.

-No creo que pueda aportar algo importante -rompió el silencio tras varios segundos, sin levantar la vista de los pocillos.

-Pienso todo lo contrario.

El bebé comenzó a llorar. El detective se hizo a un lado para permitir que la muchacha apoyara la bandeja sobre la mesa de la sala y corriera hacia el dormitorio. Ella regresó enseguida con su hijo alzado, calmado por el calor materno.

-Le presento a Bautista.

Azzaro miró al niño.

-Hola, *Bauti*, mucho gusto de conocerte -el saludo sonó algo exagerado.

Su cabello cobrizo y su tez oscura contrastaban con luminosos ojos verde agua. No haría falta investigar quién era el padre. El policía optó por moderar

su postura. Se sentó, tomó una de las tazas y le vertió una cucharita de azúcar. Removió el líquido turbio antes de beber un sorbo. La chica se sentó enfrente, con su hijo apoyado contra el pecho.

-¿Ahora sí me va a contestar, Melina? –consultó más suave.

-Yo no lo hice, no tuve nada que ver, aunque ganas no me faltaban... –se descargó la piba.

El experimentado oficial se sacudió con la súbita y brusca declaración. Su solicitud no había insinuado, ni siquiera entre líneas, que ella hubiera cometido el homicidio. Apoyó su café sobre el platito, desorientado. Distinguió un reflejo de culpa en la mirada felina de la chica.

-¿Tenía motivos? –tanteó al voleo.

-Sí –reconoció ella-. Severino era una mala persona. ¿Quiere saber la verdad?

El desestructurado desparpajo de Melina no daba tregua a la estupefacción del veterano investigador. ¡La divina muchacha era la encarnación de la *Caja de Pandora*! ¿Hasta dónde lo arrastraría la honestidad de esa boca de perlada dentadura perfecta? El asiento de Azzaro tambaleaba sobre el borde de un pozo que parecía no tener fondo.

-Me encantaría –confirmó, mientras se esforzaba por no exteriorizar que la ansiedad se estaba apoderando de su cuerpo. ¿Era la primera vez que perdía el dominio de una interpelación?

-Cuando Fernando me llamó para contarme lo que le había sucedido con Severino, sentí una especie de liberación. Aunque mi hijo y yo quedemos sin techo, siento un profundo alivio, una enorme satisfacción por no tener que ver nunca más a esa persona, por no decir otra cosa.

-¿Este departamento es... disculpe, era de Manfredi?

-Sí.

Prescindió de sonsacarle cuánto pagaba de alquiler y cómo lo pagaba. No tenía sentido. El asesinato había cortado la cadena de la esclavitud.

-¿Cómo se metió en este lío, Melina?

La piba levantó los hombros y frunció la boca, gesto que Azzaro interpretó como una aleación de capitulación y hartazgo.

-Conocí a Severino por intermedio de un amigo. Yo llevaba un par de años en una casa de masajes del centro de Munro, donde atendía a muchísimos hombres para ganar dos mangos. Severino me ofreció pasar a su club. Me dijo que iba a obtener más dinero en un ambiente agradable, con clientes de mejor nivel. Acepté y así empecé a depender de él.

-¿En su antiguo empleo le consintieron la renuncia así de fácil?

-Severino lo arregló con la encargada. Nunca me enteré de los alcances de la negociación.

-Comprendo... —el detective bebió el resto del café.

-Unos meses después, quedé embarazada. Severino me dio licencia y me propuso que me mudara a este departamento y bancarme los gastos hasta que me reincorporara. Retomé hace un par de meses.

Azzaro sintió aliviado que, lentamente, retomaba las riendas del interrogatorio.

-¿Manfredi estuvo aquí la noche del crimen?

Melina se levantó y llevó a su hijo, quien se había dormido, hasta el cuarto

lindero. Al retornar a la sala, consumió el contenido de su pocillo con dos prolongados sorbos antes de declarar.

-Severino me había llamado desde el club para decirme que quería pasar un rato y que salía de inmediato hacia acá.

El policía dedujo que Abad le había mentido cuando manifestó suponer que Manfredi se había dirigido hacia su residencia familiar al abandonar el garito la noche del crimen, porque toleraba la penosa condición, o había expuesto la verdad, su verdad, ajeno a lo que ocurría entre la víctima y Melina.

-Yo lo esperé –contó la chica-, pero nunca llegó. A la hora, más o menos, traté de comunicarme con su celular: sonó varias veces hasta que se disparó el contestador automático. No dejé ningún mensaje. Pensé que le había surgido algún percance laboral, o había tenido que ir directo hacia su domicilio. Francamente, no le di importancia. Ya había sucedido otras veces. Fernando me informó ayer lo que ocurrió con él.

-¿Le comentó Abad alguna particularidad del asesinato?

-Sí, también vi algo en la televisión. La verdad, no entiendo muy bien por qué apareció en el Congreso.

-¿Quién cree que lo mató?

La joven vaciló.

-No tengo idea, en serio. Sé, por los rumores que circulaban en el club, que Severino frecuentaba ambientes bastante peligrosos, que tenía contactos con políticos, comisarios, gente que traficaba con drogas o autos robados. Él jamás me hizo ninguna revelación sobre sus actividades. Venía acá sólo para... bueno, usted me comprende. Casi no hablábamos.

-¿Conoce al vicepresidente Pérez Maya?

-Sí –contestó, seca.

-¿Salió con él?

-Una vez.

-¿Se lo pidió Manfredi?

La chica asintió, seria.

-Por suerte, duró poco. Nuestro encuentro acabó de un modo precoz...

Azzaro registró la nota sarcástica.

-¿Al intendente Víctor Quesada?

La atmósfera lúgubre que había enroscado a Melina desde la llegada del policía se quebró con una risita espontánea.

-¿Dije algo gracioso? –se interesó, más distendido.

-No, es que al intendente no lo pude complacer. Tiene gustos... ¡raros! Va y viene. Mejor dicho, le gusta más ir marcha atrás que hacia adelante.

Azzaro no pudo reprimir una carcajada. La chica era adorable. Pensó en Abad y lo envidió.

-Solía aparecer con unos aparatitos... ¡algunos eran aparatotes! Me pedía que los usara con él. A mí me daba vergüenza, no soy buena en ese rol.

-No imaginaba otra cosa, linda –la piropeó, deleitado con su frescura-. Le hago la última pregunta, así regresa rápidamente a su rol de madre que, a las claras, es el que más la hace feliz. ¿Oyó hablar de un hombre al que se identifica por el apodo de *Yarará*?

La pesadumbre recuperó el control de la carita de Melina.

-Tuve la desgracia de conocerlo.

-¿Desgracia?

-Es un tipo asqueroso, repugnante.

-¿La maltrató?

-Digamos que mi profesión no es la más placentera del mundo.

El detective dio por concluido el cuestionario.

15

-Me batieron que el *cobani* que está investigando lo de Manfredi anda husmeando mi rastro, *Doctor*.

-¿Te explicaron el motivo, *Yarará*?

-No, no lo saben. Debe haber apretado a alguien del garito para que tirara un nombre y habrá surgido el mío, pienso yo. Como anduve por ahí la semana pasada, arreglando algunos temitas con Manfredi. ¿Se acuerda?

El *Doctor* bebió un sorbo de *cognac*.

-Cierto...

-Seguro que fue el pelotudo de *Cable Pelado*. Me conoce: un par de veces pasé a retirar el pago y, como Manfredi no estaba, el sobre me lo entregó él. ¡Ya me voy a encargar de ese buchón!

-Tranquilo –ordenó el *Doctor* mientras apoyaba su copa sobre el mueble-, no es momento de actuar en caliente. Hay que pensar muy bien los próximos movimientos.

Leandro Sosa Gaona asintió.

-Lo que no comprendo –dijo, inquieto- es por qué me busca este *cana*, cuál puede ser su interés. Yo no tuve nada que ver con el asesinato, ¡a usted le consta!

-¡Lógico! ¿Para qué querríamos a Severino muerto? ¡A nosotros nos servía vivo!

-Además, era el cliente menos problemático de todos, *Doctor*. En tantos años, no sólo cumplió siempre, sino que nunca manifestó una sola excusa para no pagar. El único encontronazo fue el de la semana anterior, con la coca pasada de corte.

-¿En qué quedó eso?

-Le efectué el reclamo y él se comprometió a hacernos otra entrega. Me juró por sus hijos que la había recibido así de manos de un narco que había perdido mucha guita en el garito. Yo se la dejé pasar. Pero ahora, con este quilombo, no sé a quién exigirle la *merca*.

-En esta coyuntura, eso es lo menos grave.

El *Doctor* se recostó sobre el sillón y hundió la nuca en el cabezal.

-Pérez Maya va a aprovechar este entuerto para embarrar la cancha, sumar poder y tratar de quedarse con parte de nuestro negocio. El juez y el fiscal jugarán en su equipo: alguien me informó que recibieron instrucciones concretas, directamente desde la Rosada, para llegar hasta la punta del

iceberg.

Frunció el ceño.

-Vas a tener que guardarte por un tiempo. No tenemos otra opción.

-Yo jamás abriría la boca...

-Lo sé, no necesitas recordármelo. De cualquier forma, no quiero que te expongas. Escóndete hasta que pase el temporal.

El *Doctor* saboreó otro trago de su licor amarronado. *Yarará* había demostrado una disciplinada lealtad a lo largo de muchos años de eficiente servicio. Sin embargo, el extraño homicidio de Manfredi lo había colocado en una situación muy peligrosa: ser el extremo de un ovillo del cual el poder político podía tirar y sacarlo a él, el temido y anónimo *Doctor*, hacia la luz.

-¿Puedes conseguir un lugar dónde ocultarte?

-Sí, no se preocupe. Tengo un *bulín* que no conoce ni mi vieja.

-¿Cómo te contacto?

-Si no le parece mal, mañana o pasado le alcanzo un celular limpio. Yo voy a tener otro igual. Le va a llegar en manos de un mensajero, dentro de un paquete con facturas, con mi número agendado.

-Muy original...

-Lo vi en una película. ¿Sabe una cosa? Me estoy rompiendo el coco para tratar de comprender quién mató a Manfredi y por qué lo dejaron justo frente al Congreso, y no se me ocurre nada.

-Somos muchos los que nos estamos haciendo las mismas preguntas.

-¿Lo habrá plantado la gente de Pérez Maya para incriminarnos a nosotros?

-No lo descarto, esa sabandija es capaz de cualquier cosa. Mientras tanto, hasta que encontremos las respuestas, desaparece. ¡No cometas una insensatez, por favor!

-Quédese tranquilo, *Doctor*.

## 16

El principal Azzaro abandonó la vivienda de la preciosa Melina con más dudas que evidencias. Tanto Abad como la chica se habían beneficiado con el homicidio de Manfredi y podían ser pasados de la columna de testigos a la de presuntos coautores.

Al caminar hacia su automóvil, notó que el *Peugeot 206* con vidrios polarizados seguía detenido en la esquina, esperándolo. *Esos agentes deberían invertir su energía en colaborar, averiguando por otros lares sobre el paradero del ilustre Yarará, por ejemplo, en vez de controlarme, razonó.* Él no tenía previsto retacearles información vital a sus superiores, al fiscal ni a nadie. A lo sumo, dejaría fuera del alcance de la soberbia de Martínez ciertos detalles, insignificantes para la causa, nocivos para la vida privada de buenas personas como Melina.

Accionó la llave electrónica y cruzó la calzada pero, antes de abrir la puerta de su coche, lo asaltó una escena llamativa que se le había pasado al arribar. Tomó su móvil y llamó a Bongiorno.

-Hola, *Gordo*, ¿cómo estás? ¿Podrías mandar ya, urgente, una unidad científica a la calle Baigorria, entre Llavallol y Teodoro Vilardebo? Mi perro

acaba de cazar una mosca.

-¿Qué descubriste? -se emocionó el comisario inspector.

-El auto de Manfredi. Lo estoy viendo con mis propios ojos.

-¿Dónde?

-Frente a la casa de una de las pibas que trabajaban en su garito.

Tras cortar la comunicación, Azzaro eliminó definitivamente a Abad y a Melina de la lista de sospechosos. No los creía tan ineptos como para haber matado a Manfredi y olvidado el *BMW* rojo, más chillón que un cartel de la avenida Corrientes, estacionado frente al departamento que compartían con su hijo Bautista.

La ceremonia fúnebre se desarrollaba al amparo de un radiante sol que amortiguaba la metralla del viento helado que ese sábado atravesaba el Cementerio de la Chacarita.

-Vino poca gente, ¿no, *Tano*? –consultó Ramírez con la voz cascada por un fuerte resfrío. La cruda madrugada soportada a los pies del Congreso le pasaba la factura.

-Sí. Si se hubiera permitido mearle la tumba al *tomuer*, el sepelio tendría que haberse mudado al Maracaná. Acá no entra tanta gente...

-¡Qué humor negro, che!

Azzaro y Ramírez observaban el entierro desde una distancia prudencial, sentados dentro del automóvil del principal. Los investigadores habían asistido motivados por la casuística que sentencia que, en un alto porcentaje de homicidios, el asesino concurre a la inhumación de su víctima. El detective había abierto sobre su regazo una carpeta con fotos y papeles cubiertos de anotaciones. El sargento, quien ya había gastado la mitad de un paquete de pañuelos descartables en un ineficaz combate contra la chorrera de su nariz, operaba una cámara con teleobjetivo para capturar fisonomías desconocidas.

-La rubia de lentes oscuros que está rodeada por tres chicos es la viuda.

-No se la ve muy mortificada, *Ruso...*

-¡Algo oculta!

-Sí. O, como mínimo, la felicidad de su flamante herencia es más fuerte que la tristeza por la pérdida.

-El de bigotes –especificó Ramírez- es Víctor Quesada, el intendente.

-Raro –comentó el principal, quien fumaba un cigarrillo cubano.

-¿Por qué?

-Por lo general, los políticos prefieren no ser vistos en público junto a personas como Manfredi... aunque ocupen un ataúd.

-Sí, es verdad. ¿Por qué no abris un poquito la ventanilla, *Tano*? ¡Me vas a ahogar con ese petardo! –se quejó mientras extraía un nuevo pañuelo del sobre plástico.

-¡Porque me cago de frío!

Al reparar en que su compañero ya tenía bastantes inconvenientes con sus mocos, el principal reconsideró el reclamo, bajó el vidrio y se deshizo de su tabaco.

-¿Alguna noticia de *Yarará*?

-Nada. Para mí, ya se fugó del país.

-No lo culpo. Alguien debe haberle soplado que lo persigue el Séptimo Regimiento de Caballería. Nos va a costar bastante aprender a este misterioso personaje. ¿Quién es el canoso de sobretodo negro?

-Jacinto Salgado, primo de Manfredi.

-¿Y esa chica que llora junto a él?

-No tengo idea. Me parece de que es la hija de Salgado.

-*Que es.*

-¿Eh?

-*Que es, no se dice de que es...* Ya fue, *Ruso*. La piba gimotea un montón, de un modo exagerado para ser una sobrina segunda, ¿no?

-¡Una barbaridad!

-Sacale una foto. Se la voy a mostrar a Abad. Huelo que ella debe haber pasado más de una vez por el garito.

-¿Creés que fue a jugar? Es pendeja, no debe tener dieciocho...

-¿Yo insinué que le gustara la ruleta?

-No, tenés razón. Hablando de Abad, no pintó por acá.

-No. Melina, menos.

-¿Melina?

-Sí, *Ruso* –Azzaro se reprochó haber hablado de más. Decidió cambiar de tema-. ¿Podés creer que los técnicos no hallaron nada en el auto de Manfredi?

-¿Nada? –Ramírez se abstuvo de repreguntar por la prostituta. Archivó en su cabeza el desliz de su superior y simuló seguir concentrado en los asistentes.

-Ninguna impresión digital extraña, ni cabellos ni sangre ni fibras que puedan ayudar en la investigación. Sólo rastros de la víctima, la esposa y los hijos. Tampoco localizaron pruebas en la vereda ni en la calzada.

-Ya habían pasado muchas horas. ¿Y los vecinos?

-Cero, che. No me asombra: es una calle con poco tránsito, de un barrio residencial con más propiedades bajas que construcciones altas. Encima, la desaparición ocurrió una noche muy fría de mitad de semana. Según los testimonios de Abad y Melina, y los análisis efectuados por Rainone, calculo que lo deben haber secuestrado o atacado minutos antes de las doce. ¿Quién va a caminar por ahí a esa hora, chupando viento helado?

-¿Creés que lo mataron en otro lado? –escarbó el sargento, mientras espiaba a través de su cámara.

-Sí. De lo contrario, los peritos habrían hallado algún vestigio de sangre. Hicieron un rastrillaje con luz ultravioleta y dio negativo... ¡Qué lo parió, cómo llora la pibita! ¡Está hecha pelota!

-¡No para! Y miralo a Salgado: ¡Tiene una cara de ojete tremenda!

El ulular del teléfono del principal los sobresaltó. La comunicación provenía del Departamento Central. El detective atendió.

-Principal Azzaro, soy el comisario inspector Raúl Atena, el asistente del

comisario general Ortega.

Era la primera vez que recibía un llamado directo desde la jefatura de la Policía Federal.

-Encantado, comisario inspector. ¿En qué lo puedo ayudar?

-Le tengo una mala noticia: internaron al comisario inspector Bongiorno.

-¿Qué le ocurrió?

-Sufrió un infarto.

-¿Cuándo?

-Anoche, en su domicilio. Se desvaneció de repente. Pero no se inquiete: fue atendido en el hospital Churruca y ya se está recuperando. No fue tan grave.

A Azzaro le cayó muy mal que su interlocutor tomara a la ligera el incidente cardíaco del *Gordo*.

-Quisiera saber si podría pasar mañana a primera hora por el despacho del comisario general Ortega -prosiguió Atena.

-¿Prefiere que vaya ahora?

-No, por favor venga mañana. ¿Le parece bien a las nueve, nueve y media?

-Sí, no hay problema.

-Muchas gracias. Le agendo una entrevista con él.

El principal desconfió por tanta formalidad.

-¿Una entrevista?

-Sí, el comisario general desea hablar con usted.

-En ese caso, a las nueve en punto estaré por allá.

-Muy bien, principal, lo esperamos.

Atena colgó.

-¿Pasa algo? –se preocupó Ramírez a continuación de una nueva limpieza de su nariz.

Azzaro contó el contenido de la conversación a medias.

-Sí, el *Gordo* está en el Churruca. Sufrió un infarto.

-¡La puta que lo parió!

-Me equivoqué, *Ruso*: este caso sí es para preocuparse...

## 18

Azzaro ingresó a la habitación y saludó de manera afectuosa a la esposa de Martín Bongiorno, con un abrazo y un beso en la mejilla.

-Tranquila, Dorita: tu marido está tan pesado que la *Parca* no se lo puede llevar -bromeó el principal.

-Vos hacete el canchero, pelotudo, que cuando el pucho te noquee no te va a atender un médico, sino un deshollinador -redobló la apuesta el comisario desde su cama.

El detective advirtió que una sonda le suministraba oxígeno por las fosas nasales y que de su cuerpo brotaban varios cables conectados a una máquina

que emitía sonidos y luces multicolores. Del brazo derecho surgía una cánula unida a una bolsa con suero que colgaba de un gancho. Se acercó a su jefe y le estrechó la zurda.

-Parece que no estamos tan mal -interpretó con una sonrisa. Se quitó el sobretodo y el saco, agobiado por el intenso calor que hacía dentro del hospital.

-Por suerte sólo fue un preinfarto. Habíamos terminado de cenar y de pronto sentí un dolor en el pecho, como un pinchazo, náuseas, un mareo, me empezó a faltar el aire...

-Vos a mí no me engañás: ¡Querías tomarte unos días de tregua!

-No jodas, *Tano*. La saqué barata, pero me pegué un susto descomunal.

-¿Quién fue la gota que desbordó el vaso? ¿Ortega?

Bongiorno hizo una mueca de resignación

-No sabés cómo está. Me vuelve loco. Mejor dicho, me volvía loco.

-¿Por qué rectificás el tiempo verbal?

El comisario miró con tristeza a su mujer.

-No doy más, *Tano*. Cuando me enumeran los factores de riesgo cardíaco, tengo cartón lleno. Hipertensión arterial, colesterol, tabaquismo, obesidad, sedentarismo y, lo peor de todo, muchísimo estrés. No tengo opción: o pido la baja o me bajan a un agujero en la tierra. Lo hablamos con Dorita y decidí que ya pasé más años de los necesarios en la fuerza. Es momento de decir *basta*.

Azzaro resopló con resignación. Aun sobrepasado por el crimen de Manfredi,

el *Gordo* era un buen tipo que defendía su tropa y solía actuar como cortafuegos para que las presiones gubernamentales no contaminaran los casos que reventaban en la prensa y la opinión pública. Recordó algunas discusiones, como la que tuvieron por teléfono la mañana anterior, amenaza de conversión en eunuco incluida. Las tomó como un exabrupto, una excepción a la regla. El principal comprendió que, sin Bongiorno, quedaba como un intrépido equilibrista circense, sin red y tambaleando a mortales metros del suelo.

-¿Pudiste averiguar algo más, *Tano*? –consultó sobre el crimen sin resolver.

-No. Los muchachos no encontraron huellas extrañas adentro del auto de Manfredi. Tampoco signos de violencia afuera. Lo único destacable es una *Glock* localizada dentro de la guantera.

-¿*Trucha*?

-Por lo menos, no era oficialmente de Manfredi. Tengo entendido que solía cargarla como protección.

-Mala época para olvidarla en el auto...

-No la olvidó, la guardó porque se dirigía al domicilio de Melina.

-Y, antes de tocar el timbre, el tipo se perdió por el camino.

-Por la narración de la chica y la de Abad, y las horas que llevaba muerto, sospecho que lo secuestraron o lo atacaron allí, sí. Es la conjetura más probable, si bien no hay testigos ni pruebas que ratifiquen esto.

-¿Creés que la minita tuvo que ver?

A Azzaro lo sacudió el despectivo término *minita*. Melina le había resultado muy simpática.

-No, para nada, Manfredi la mantenía y la cuidaba. Le asignaba salidas con clientes selectos. Aunque ella sufría mucho esa condición, no tenía alternativa. Además, me parece muy difícil que la piba haya cometido la impericia de perpetrar el homicidio y dejar el auto de la víctima frente a su casa. Un *BMW* rojo no pasa desapercibido con facilidad.

-En la Rosada siguen como locos con lo que se filtró a la prensa, la teoría de Julio César...

-No pueden ser tan idiotas de creer la historia que un colgado inventó mezclando datos de *Wikipedia*. ¡Es poco serio!

-Todo el tiempo -replicó el comisario- repetimos como loros que no hay que descartar ninguna hipótesis. Hoy, mal que nos pese, Internet es una herramienta muy ventajosa, no la podemos subestimar.

-*Gordo*, acepto que el asesinato podría significar un mensaje para Pérez Maya, pero lo que salió publicado en *El Rotativo* es un disparate.

-¿Vos creés que se trató de una amenaza dirigida al vicepresidente?

-Dije "podría". Algunos indicios perfilan el caso hacia esa posibilidad, sí.

-La más lógica...

-Probablemente, aunque todavía me faltan muchas piezas del rompecabezas. No me atrevo a poner una conclusión en el informe. Por favor, quedate tranquilo, relajate y olvidate del laburo. Ya no es tu problema –miró a Dorita, quien asentía-. ¿Te dije que mañana temprano tengo que ver a Ortega en el Departamento?

-¿Mañana? ¿Ortega en el Departamento un domingo? Qué raro...

-El horno no debe estar para bollos...

Bongiorno clavó sus pupilas sobre las de su compañero.

-Dejame que te dé un consejo, *Tano*: cuidate de ese hijo de puta. A Ortega le interesa una reverenda mierda la resolución del caso. Lo único que le importa a ese lameculos es conformar a la Rosada.

-No te alteres, no pienso moverme un centímetro del código de procedimientos. No se lo estoy diciendo a mi jefe, sino a un amigo. Y, ya que sos un amigo, ¿me harías un favor, *Gordo*?

-Sí, claro, ¿qué puede hacer por vos este joven jubilado?

-Descansar, recuperarte y hacerte atender por una manicura.

-¿Una manicura? ¿Para qué?

-Para que te lime las uñas. No sea cosa que te lastimes con tanto tiempo libre que vas a tener para rascarte los huevos...

-¿Qué te parece en nariz?

Azzaro inspiró profundamente dentro de la copa.

-Detrás de la fruta, siento algo floral, pero suave, sedoso. Además, advierto un ligero aroma a vainilla.

-¡Diste en el clavo! Ese matiz suave se lo da la madera. Luego de la maceración, este vino descansó quince meses en barricas de roble francés y otro año dentro de la botella. ¿Lo probamos?

El policía y *Tío Bernabé* sorbieron una pequeña porción del líquido granate intenso servido en sus copas. La agitaron de un lado al otro de la boca.

-¡Estupendo! –celebró el detective.

-Acidez y alcohol equilibrados, sabor intenso, redondo... ¡Exquisito!

-¿De qué localidad me dijiste que era?

-San Patricio del Chañar.

-¿Vos considerás que los viñedos situados al sur de Cuyo, o ya en la Patagonia, dan mejores vinos?

-No sé si exponerlo de esa manera. A mí me gustan mucho. Algunos enólogos afirman que las uvas de las variedades *malbec* y *cabernet sauvignon* se desarrollan muy bien en Neuquén porque durante el verano, después de recibir los rayos de un sol intenso y caliente por varias horas, gozan de noches más frías que las de San Juan o Salta. Esto las alivia, les permite recuperar la energía y retomar la maduración con vigor durante la jornada siguiente. Si, en cambio, sigue haciendo mucho calor también por la madrugada, la fruta no descansa, se agota.

-No parece una conjetura descabellada.

-¡Claro que no! Para conjeturas descabelladas, ya tenés bastante con la del romano Julio César, ¿no?

Azzaro repitió la degustación de su vino. No se le antojaba intoxicar ese placentero remanso con los conflictos del enigma laboral que lo desvelaba. Sin embargo, le encantaba oír las conclusiones de *Tío*. Admiraba su inteligencia e intuición para desentramar telarañas impenetrables.

-No me convence esa conjetura –machacó Carranza.

-¿Porque resuelve el caso?

-Porque lo resuelve de una manera demasiado obvia.

-¿Cómo?

-Manfredi jugaba a dos puntas: pagaba por protección política y también a la mafia del juego. Trapicheaba otros productos, legales e ilegales, para los dos bandos. Todos contentos. ¿Por qué, entonces, la mafia supuestamente decide liquidarlo?

-Para comunicarle al vicepresidente, quien aspira a quedarse con el control del juego ilegal en la provincia de Buenos Aires, que no va a poder, o que no va a resultarle sencillo.

-Esa respuesta justifica el apuro del Gobierno por resolver el crimen.

-¿Qué estás sugiriendo, *Tío*?

-Que debe haber otra razón.

-Hoy estuve en el sepelio de Manfredi y me llamó la atención que una pibita llorara a mares por la pérdida de un tío segundo. Encima, su papá tenía una cara de orto... ¿Lo habrá reventado ese tipo por cojerse a su hija adolescente?

-Esa hipótesis tampoco esclarece el porqué de las veintitrés puñaladas, ni que tiraran el cuerpo en el Congreso.

-No, claro...

El detective y el sommelier saborearon otro poco de su delicia de uvas *malbec*.

-Si te cuento una tramoya que me mandé durante la adolescencia, ¿corro peligro de ir preso?

-¿Mataste a alguien?

-No, sólo lo estafé. Le saqué unos pesos para ir a un *telo*.

-Yo integro la División Homicidios. No tengo competencia sobre eventuales delitos que deben investigar mis colegas de Defraudaciones y Estafas. Además, dijiste que el chantaje lo cometiste siendo adolescente, por lo que esa trasgresión ya debe haber prescripto.

-Brindo por tu sabiduría. Tendrías que haber sido abogado, *Tano*.

-A los malos los prefiero del otro lado del mostrador, *Tío*, sobre todo si son asesinos.

-¡Te estaba cargando, che! Bueno, voy al grano: yo andaba por los 17 años, más o menos, y moría por llevar a un hotel a una compañera que rajaba la tierra, pero no tenía un peso. ¿Sabés lo que hice?

-No.

-Le pedí ayuda a mi perro *Lenny*. Una tardecita, lo fui a buscar a casa y lo llevé de la correa hasta un club de tenis de Flores, situado a la vera de las vías del ferrocarril Sarmiento. Yo conocía al dueño porque había ido a jugar con mis amigos un par de veces. Entré con el *rope*, me senté en uno de los taburetes del bar, apoyé mi mochila en la barra y pedí una gaseosa. El propietario caminaba de un lado al otro, disgustado. *¡Qué caripela, Turco!* ¿*Algún problema?*, le consulté. El tipo me explicó que no encontraba por ningún lado uno de los dos canastos con pelotitas que allí se usaban para dar lecciones a los que soñaban con emular a Guillermo Vilas o Gabriela Sabatini. Recién en ese instante, el *Turco* reparó en que yo había ingresado con *Lenny* y me pidió que lo sacara y lo atara afuera, porque a él no le gustaban las mascotas y temía que causara algún problema con los clientes

del club, aunque a esa hora no había nadie en ese sector ni en las canchas. Le aseveré que, aunque tenía pinta de fiero, mi perro no sólo era muy mansito, sino extremadamente obediente y no iba a causar ninguna contrariedad. *¿Hace alguna gracia?*, preguntó repentinamente intrigado en las aptitudes del pichicho, ya cansado de buscar sin éxito el canasto desaparecido. *Sí, una bastante excepcional*, respondí displicente. *¿Cuál?*, insistió. *Yo le arrojó un palo o una pelota de tenis, por ejemplo, y él la trae*. El Turco me planteó que esa no era ninguna hazaña, que todos los perros del mundo buscan cosas lanzadas por sus amos. Yo esperaba esa respuesta para contragolpear. *Es cierto, pero Lenny hace algo único: es capaz de distinguir mi pelotita entre muchas idénticas*. El tipo me miró desconfiado. Señalé unos pastizales que crecían al costado de la vía, en una parcela de unos diez metros de ancho que se extendía en toda esa cuadra al otro lado de los rieles, que solían recibir bochazos desde las canchas: *Si tiro una pelotita hacia allá, no sólo la encontrará entre los yuyos, sino que la distinguirá entre otras que, seguramente, estarán perdidas entre la vegetación*, afirmé.

-¡Eso es imposible! –intervino Azzaro.

-Eso mismo me respondió él. *¿Imposible? Bueno, te apuesto cien pesos a que mi perro lo logra*, contesté. El boludo me miró con incredulidad. Le expuse el desafío con simpleza: *Vos tirás tres o cuatro pelotitas a los pastizales y yo solamente una. Mandamos todas al mismo sector, para que no haya ninguna confusión. Luego, suelto a Lenny y vas a ver que regresa con la mía y únicamente la mía. Si lo hace así, gano yo. Si no, si trae una de las tuyas, ganás vos*. El Turco analizó la jugada. Por su cabeza debe haber pasado la premura de invertir esos cien pesos en el reemplazo del canasto evaporado. *¿Cómo podés garantizar que la pelotita que traerá el perro será la tuya y no una de las mías?*, expuso con un acento desconfiado. Yo había imaginado

que me haría ese planteo. Actué desconcierto, sin exageraciones: moví la cabeza como si la revolviera para hallar en su fondo una contestación tan instintiva como confiable. *En la mochila tengo los marcadores del colegio. ¿Qué te parece si tomo uno y le dibujo una cruz a mi pelotita?*, largué a los pocos segundos, de una manera que sonó natural. Entró como un caballo. Me exigió que fueran cuatro sus bolas y yo fingí aceptar a regañadientes. Tomé una pelotita del canasto que quedaba y, con un rotulador, tracé una cruz negra sobre la felpa amarilla. *¿Te parece bien así?*, indagué. El tipo asintió y manoteó cuatro bolas. Salimos a una de las canchas que daban a las vías, el *Turco* abrió una puertita en la valla divisoria y efectuó sus cuatro lanzamientos hacia la maleza que crecía salvaje al otro lado de la línea ferroviaria. Yo, finalmente, arrojé la mía que, como las otras, se perdió entre los yuyos. Desenganché a *Lenny* de su correa y le ordené que la trajera. El perro, muy bien educado, cruzó las vías, se metió entre los matorrales y regresó con la pelotita marcada con la equis. Cobré mis cien pesos y, esa misma tardecita, llevé a mi compañerita al *telo*. ¿Qué tal?

-Me alegro de que hayas satisfecho su pasión, *Tío* –consintió Azzaro, quien había secado su copa a lo largo del relato-. No comprendo en qué consistió la trampa. ¿En tener un perro bien amaestrado?

Bernabé sorbió un poco de vino y lo paladeó despacito antes de contestar.

-Cuando el *Turco* cruzó las vías para recuperar las cuatro pelotitas que él mismo había lanzado, descubrió entre los pastizales otras cincuenta, todas con una equis negra marcada.

El policía dejó escapar una carcajada.

-¿El canasto también estaba?

-Sí. Yo lo había abandonado cerca de un cruce peatonal. No soy tan hijo de

puta, *Tano*.

-Muy pintoresco tu chantaje –levantó su copa.

-Sólo se basó en un juicioso cálculo de probabilidades...

-¿Si tu perro se equivocaba?

-Salía corriendo y no volvía más. Bueno, de hecho, nunca regresé.

Azzaro bebió otro poco.

-Muy buena estafa, *Tío*. Sos un maestro.

-Gracias, tenela en cuenta.

-¿Para cagar a alguien?

-No, *Tano*, para resolver este caso.

-¡Conseguime un canasto con pelotitas!

-¡Qué boludo! El cálculo de probabilidades fue la base de la estafa, desde luego. Sin embargo, el gancho no estuvo ahí.

-¿El perro?

-¡Claro! Estoy seguro de que las veintitrés cuchilladas en el cuerpo del puntero equivalen a *Lenny* acostado en el piso del bar. Miralo así: si yo hubiera entrado al bufet y, sin decir ni buenas tardes, hubiera desafiado al *Turco* con el cuentito de que mi perro tenía dotes especiales para buscar pelotitas, él habría desconfiado. El impacto lo habría puesto en alerta. El verdadero logro consistió en conformar un escenario sutil que despertara su curiosidad y lo invitara a entrar solito en la jaula. ¿Comprendés?

El detective consumió otro trago de *malbec*.

-Alguien pretende mandar un mensaje –supuso.

-Yo intuyo que es así.

-¿A quién?

-No lo sé. Sí estoy seguro de que hay algo detrás de una maniobra tan peliaguda como atacar a este Manfredi con un palo y luego clavarle veintitrés puñaladas. Si yo tuviera que *boletear* a un tipo duro, que va siempre calzado, lo reviento con una ametralladora. Ni loco me le acerco con una cuchilla.

-Ni lo tirás en el Congreso...

-¡Al pedo! ¿Qué cambia un lugar u otro? Lo esperás escondido detrás de un árbol y lo liquidás allí mismo. Después, llamás a Pérez Maya para advertirle que, si no hace lo que queremos, la próxima ráfaga la recibe él, o alguno de sus hijos.

El policía masticó despacio el hipotético planteo de su amigo.

-Más claro –remató Carranza-, echale agua... o, mejor, vino. ¡Te sirvo un poco más!

Azzaro fue escoltado por Atena hasta el despacho del comisario general Hugo Ortega. El asistente llamó a la puerta de solemne nogal y, tras escuchar un *pase*, accionó el picaporte y franqueó el acceso a la oficina. El jefe de la Policía Federal ya se había levantado de su sillón y aguardaba delante de su escritorio. Le tendió al principal una mano enjovada con un grueso anillo

adornado con diamantes y una pesada pulsera de oro, mientras ensayaba una sonrisa de ocasión que se notaba incómoda. La izquierda sostenía una boquilla dorada con un cigarrillo encendido. Ambos se sentaron en dos silloncitos individuales. Atena se retiró con discreción.

-Norberto, le agradezco que haya interrumpido su descanso para venir a hablar conmigo –al detective lo importunó que Ortega lo llamara por su nombre de pila-. No quiero quitarle mucho tiempo, así que voy directo al asunto que me tiene muy preocupado. Usted sabe que el homicidio de Manfredi ha tenido una repercusión inusual, no sólo en los medios de comunicación. En el Gobierno están desesperados. El ministro de Seguridad me llama siete u ocho veces por día para exigirme novedades. Lo mismo el juez y el fiscal, un pendejo soberbio que se cree la reencarnación de Errol Flynn. Me exigen una solución inmediata de este hecho que...

-Es un caso muy resbaladizo, señor comisario general –lo interrumpió-. Le garantizo que estamos haciendo un esfuerzo sobrehumano para resolverlo lo antes posible.

Ortega ocultó su malestar por la intromisión. A cambio, actuó el papel de líder comprensivo.

-Lo sé, Norberto, me consta que usted y sus colaboradores están luchando a brazo partido, casi sin dormir, con enorme profesionalismo y mayor responsabilidad. Por otra parte, es natural que aún no se haya resuelto. ¡Este es un crimen sin testigos y demasiado complejo! Sin embargo, permítame solicitarle, como un adelanto extraoficial, cuáles son sus conclusiones hasta ahora. Se lo requiero directamente porque, por unos días, me voy a ocupar en persona de conducir la pesquisa, dado el problema coronario que tuvo nuestro común amigo Bongiorno.

¿Conducir? ¿Cómo huir de ese dilema asfixiante? Pensó en la advertencia que le había hecho el *Gordo* y, por las palabras que acababa de escuchar, dedujo que el comisario inspector no había oficializado su dimisión todavía. Pateó la pelota afuera.

-Sería muy apresurado de mi parte aventurar un dictamen semejante en este momento. Necesitamos unos días más, reunir nuevas pruebas, señor.

-Lo entiendo, yo mismo he sido investigador, Norberto –Ortega se esforzaba por mostrarse paternal y campechano ante su escurridizo subalterno-. No obstante, a pesar de las complejidades que exhibe este expediente, de seguro ya tendrá una impresión. ¿No es así?

-No, señor, lo siento. No avizoro una salida concreta todavía, ni siquiera difusa.

El comisario general sostuvo las comisuras de la boca hacia arriba, aunque por su garganta bajaba una cucharada de bilis. Resolvió ajustar el interrogatorio para acorralar al principal y vedarle la escapatoria.

-Norberto, por favor, ayúdeme a resolver un entripado que hace unos días me taladra la azotea. Si yo dijera que a Manfredi lo mató una persona allegada a la mafia del juego con el objeto de amedrentar al vicepresidente y generar un fuerte impacto en la prensa y la opinión pública, ¿estaría muy errado?

Azzaro había descifrado hacia dónde apuntaba Ortega antes de que este exhibiera sus cartas de un modo tan burdo. Le pareció evidente que le habían bajado línea desde el Gobierno para que movilizara la resolución del origen del homicidio hacia esa dirección. Decidió mantenerse al margen de la disputa política. Esa no era su jurisdicción. Sospechó, asimismo, que alguien de adentro, empapado con las claves de su indagación, había aportado ingredientes al inestable cóctel. ¿Ramírez, tal vez? La imposición de Ortega

traslucía no sólo un profundo conocimiento de las pistas reunidas, sino además de algunas presunciones que danzaban dentro de su propia cabeza y todavía no había volcado en los informes.

-Permítame insistir, señor, con que hay varias líneas de búsqueda abiertas y ninguna es categórica respecto de quién pudo haber cometido este crimen ni por qué –alegó.

-¿La teoría a la que yo arribé se adapta a una de esas líneas, al menos de un modo tangencial?

El detective inspiró profundo por la nariz. ¿Cómo acabar con la persecución? Eligió mentir.

-No, señor. No hallé indicios sólidos que me llevaran a pensar algo así.

Ortega frunció el ceño y rumió su disconformidad. Se volcó hacia adelante, con las extremidades sobre los apoyabrazos de su asiento y su cabeza colgando hacia el principal, ligeramente ladeada. Su arrugado rostro había adquirido un tono verdoso. La sonrisa, desaparecido. El hálito fétido abrazó al oficial de la División Homicidios.

-Azzaro –cambió al apellido, despreciable y pedestre gesto reservado a acentuar su fastidio frente a la intransigencia de su subordinado-, le reconozco su dedicación y sacrificio, pero comprenderá que debemos exhibir avances ante la población y los medios de comunicación con urgencia. Usted no ha conseguido demasiados elementos para descomprimir la presión. Queda relevado de este caso. Vamos a continuar la comprometida tarea con otro grupo de profesionales.

El principal acató la orden sin objeciones. Al fin y al cabo, su deseo de que terminara la embarazosa interpelación estaba cumplido. Había pretendido

engañar al conductor de la Policía Federal. Justo él, quien solía decir *no sé jugar al truco porque no sé mentir*. ¿Realmente había creído que un veterano burócrata como Ortega se tragaría su patraña? ¿O quizá, de manera inconsciente, había arriesgado ese naipe para que lo apartaran del tortuoso nido de víboras? Preguntó al comisario general si eso era todo y, al recibir una respuesta afirmativa, se puso de pie, saludó y se marchó. Nunca antes había deseado una copa de *malbec* con tanta urgencia.

## 21

Azzaro padecía dos sensaciones contrapuestas: alivio por haber sido extirpado de una investigación con tenebrosos tentáculos entrelazados con el Poder, bronca por no haber podido llegar hasta el final del recóndito caso. Detestaba fallar, si bien no era justo en esta oportunidad calificar su desempeño como un fracaso. Apenas le habían otorgado tres días antes de truncarle la facultad de seguir avanzando con su trabajo.

Rendido frente a los entresijos políticos, aplanado por el estrés y las pocas horas de sueño que había acumulado esa semana, el principal se dirigió hacia la máquina de café para servirse un expreso. Luego llamaría a *Tío Bernabé* y le confirmaría que esa noche sí podría pasar por su negocio, entusiasmado por catar un *petit verdot ciento por ciento* recién llegado desde Chile.

Al doblar por el pasillo, se cruzó con su colega Rodrigo Suárez, quien bebía un cortado junto a la cafetera, con semblante taciturno.

-¡Qué ensalada te estás comiendo, *Tano*! -lo recibió Suárez. Su aspecto revelaba sufrimiento y desorientación.

-Ya no es mía, *Rorro*, por suerte.

-¿De verdad?

-Ortega me quitó la ensalada, la milanesa, el plato, los cubiertos, la bebida...

-Lo habrán presionado de la Rosada.

-Quizá.

-¿Qué carajo quieren? ¿Que resolvamos los homicidios en un periquete? Esos tipos están locos.

-Ya fue, *Rorro*. Mejor así. ¿Y vos? ¿Qué hacés un domingo temprano en el Departamento?

-¡Estoy para el cachetazo! En la madrugada del sábado apareció un fiambre en la avenida Estado de Israel y el hinchahuevos de Atena me lo enchufó a mí. Este fin de semana me tocaba estar de franco, *Tano*. ¡No es justo! Con el *Gordo*, esto no pasaba...

-¿Es un caso difícil?

-Sí, rarísimo. El cadáver tenía la cabeza abierta. Según la pericia del legista de la UCM, le rompieron el marote con un adoquín o un elemento pesado de granito. ¿Vos podés creer que no encontramos piedras ni ningún objeto contundente en más de cien metros alrededor del cuerpo? La ropa de la víctima estaba impregnada por la sangre que había manado del cráneo destrozado, pero... ¡adiviná!

-La vereda estaba limpia.

-¡Exacto! ¿Lo imaginaste o ya te lo habían comentado?

-Fue lo primero que se me ocurrió –mintió Azzaro por segunda vez en

escasos minutos, aunque con mayor convicción.

-Por lo menos se te ocurrió algo, yo no sé para dónde ir. Estoy completamente desorientado.

-Tranqui, *Rorro*, ya vas a dar con alguna pista. Me voy a servir un cafecito. ¿Querés otro?

-No, te agradezco, *Tano*. Este –levantó la taza- es el tercero de hoy, y ni siquiera llegamos al mediodía. ¡Se me va a perforar el estómago, a pesar de que los corto con leche!

-Habría que cortarlo a Atena...

-No es mala idea, je. Me voy, nos vemos mañana: tengo que hablar con el fiscal Vence y con el morguero, quizás aparecieron pistas más concretas en la autopsia. La hizo tu amigo Rainone, el que vino a morfar con nosotros para fin de año.

-Ah, sí... ¡Mandale un abrazo! -contestó mientras retomaba su camino hacia la máquina cafetera

*Otro Lenny*, olfateó.

-Gracias, Ortega. Yo se lo comunico, quédese tranquilo. ¡Ya lo va a llamar él mismo para felicitarlo por su meritorio desempeño! Gracias de nuevo.

El secretario general Andrés Bermúdez cortó la comunicación y retornó a la

reunión con Iglesias y el vice Pérez Maya en el quincho de la Quinta Presidencial, donde los tres habían compartido un opíparo asado. Las brasas aun ardientes mantenían tibio y agradable el ambiente.

-Oscar –notificó-, ya resolvimos la traba que embrollaba la investigación. Ortega removi6 al inútil que estuvo a cargo del caso desde el inicio, el que no consiguió ningún avance productivo, y puso en su lugar a un detective de su riñ6n, mucho m6s capacitado, quien va a encaminar las cosas hacia donde tienen que ir, en coordinaci6n con el juez, el fiscal y Marchetti, por supuesto.

-Bien, Andr6s, muy eficiente tu desempe6o –elogi6 el mandatario.

-Ortega me garantiz6 que har6 lo imposible para enganchar a *Yarar6*. Adem6s, lo est6n buscando la Gendarmería y la Prefectura, asistidos por agentes de la Secretaría de Inteligencia

-La policía de la Provincia tambi6n colabora: est6 revolviendo cielo y tierra –acot6 Pérez Maya-. Este desgraciado no va a tardar en caer.

–Cuando lo tengamos, vamos a saber por fin qui6n dirige la famosa mafia del juego -augur6 Bermúdez.

El Presidente bebi6 un poco de agua mineral con gas de su vaso.

-Permitime comentarte una cosita, querido Julio: m6s all6 de todos los trastornos, el crimen de Manfredi nos vino como anillo al dedo. Frente al pueblo, nos va a conceder la oportunidad de exhibir fortaleza en el combate contra estas organizaciones abyectas. Al mismo tiempo, cuando aplastemos la molesta y gravosa competencia, vamos a recaudar mucho m6s.

P6rez Maya sonri6.

-¿Nos tomamos un champucito? –ofreci6 Bermúdez.

-Todavía no -lo reprendió Iglesias-, esperemos. Festejar por anticipado alimenta la mala suerte.

23

*-Aguerekóma auto.*

*-Oî porâ* –aprobó Leandro Sosa Gaona mientras limpiaba la *Bersa Thunder* calibre nueve milímetros con numeración limada que le había conseguido un militar argentino amigo. *Yarará* amartilló el arma y presionó el botón que le permitió desmontar la corredera. Le faltaba un poco de lubricación. Verificó el estado del cañón exterior. *Esta belleza es perfecta para acabar con esa rata*, pensó. Con la pistola y el vehículo que acababa de conseguir su cómplice paraguayo, ya podía resolver el asunto que tanto lo preocupaba. Luego de una profunda meditación, de evaluar probabilidades y consecuencias, se había inclinado por ocuparse personalmente de cortar de cuajo el único cabo suelto que los vinculaba a él y a su patrón con el mediático *Caso Manfredi*. Su vasta experiencia en un gremio tan complejo y su entrenado olfato habían coincidido en que, si bien había servido durante muchísimo tiempo al *Doctor*, con un desempeño confiable, irreprochable, su vida valdría menos que un caramelo si no limpiaba de inmediato al *pyrague* de *Cable Pelado*.

24

Por el espejo retrovisor corroboró que el pegajoso *Peugeot 206* ya no lo seguía. *Confirmado: volví a ser un gris funcionario*, se mofó de sí mismo. Mientras conducía hacia el *Bajo*, el policía buscó en uno de sus bolsillos un teléfono móvil que funcionaba con recarga prepaga y había adquirido a nombre de su fallecida madre, con su apellido de soltera, para utilizar en determinadas emergencias. Como la que lo espoleaba en ese momento. Aunque parecía que los espías lo habían liberado, su celular oficial, con seguridad, seguía pinchado.

-¿Qué hacés, *tordo*? -saludó amable a Rainone-. ¿Interrumpo el partidito de golf?

El forense sonrió por la sutileza.

-La lluvia no me permite jugar.

-¿Qué lluvia, boludo? ¡El cielo está totalmente despejado!

-¡La lluvia de cadáveres! Ayer por la madrugada apareció uno en Villa Crespo y esta mañana hallaron otro en Mataderos.

¿*Dos cuerpos más?*, se preguntó Azzaro, confundido.

-¡Es increíble!

-Yo te llamaba por el de la avenida Estado de Israel.

-¿Se lo quitaste a Suárez? ¿No te alcanza con *Julio César*?

-No, nada que ver. Además, el caso de Manfredi no lo llevo más. Me dejaron afuera.

-Mejor. Que ese estofado lo resuelvan Iglesias y Pérez Maya.

-Tampoco me tocó el de Villa Crespo, que en efecto está a cargo de Suárez. Yo te rompo las pelotas porque me gustaría conocer unos detalles, nada más. ¿Me podrías hacer una gauchada?

-Depende... ¿Qué necesitás?

-¿Tenés la identidad de ese muñequito? Me contó *Rorro* que lo analizaste vos...

-Sí, es verdad. ¿Puedo saber por qué tanto interés? ¿No tuviste bastante para una semana que ya querés meterte en otro quilombo?

-Es una corazonada, nomás. ¡Esto queda entre nosotros!

-¡Obvio, como siempre que me llamás desde este número! De boludo tengo la cara, nomás.

-¿En serio?

-¡Qué forro que sos!

Azzaro y Rainone cruzaron risotadas cómplices.

-En realidad –prosiguió el médico-, el cuerpo apareció sobre la calle Palestina, a pocos metros de la avenida Estado de Israel. La víctima se llamaba Daniel Cohen, de 42 años, gerente de una empresa de medicina prepaga, *Salud Buenos Aires*. No es muy conocida.

-Creo que vi alguna publicidad en el subterráneo.

-Lo identificaron rápido porque, a diferencia de tu amigo *Julio César*, Cohen sí llevaba sus documentos en el *jogging*.

-¿*Jogging*?

-Sí, vestía un conjunto deportivo y calzaba zapatillas para correr o hacer

ejercicio. El tipo murió a causa de un golpe muy violento en el rostro, que le fracturó el hueso frontal unos cinco centímetros por encima del hueso nasal. La piel tenía sedimentos de un adoquín o una piedra grande de granito, pesada, con poco filo. El impacto provocó un corte ancho, de exigua profundidad, que no obstante derivó en un sangrado abundante: tiñó la cara y la ropa de la víctima. Alrededor del cadáver, en la vereda donde fue encontrado, no se hallaron restos significativos de sangre y, por lo que escuché, tampoco una roca con el peso y las dimensiones adecuados para causar ese daño. El pibe de la UCM revisó varios cascotes y piedras que había a unos cien metros a la redonda, pero los análisis destinados a comprobar la presencia de tejidos o fluidos compatibles con los del occiso resultaron negativos.

Azzaro reflexionó que era demasiado evidente que el cuerpo de Cohen había sido dejado en ese punto horas después del asesinato, como había ocurrido con Manfredi.

-Algo más: el cadáver tenía marcas en las muñecas y restos de pegamento alrededor de la boca. Sin dudas, lo ataron y amordazaron antes de liquidarlo. También encontré una quemadura en la parte baja del abdomen, apenas por encima de la zona del apéndice, efectuada con una *Taser* o una de esas armas de *electroshock* que se utilizan para defensa personal.

El detective analizó rápidamente el cuadro y concluyó que, al igual que en el homicidio de Manfredi, alguien había asumido riesgos aparentemente innecesarios para asesinar a su víctima. Con una pistola convencional se hubiera simplificado el trámite, excepto que se pretendiera algo más que exterminar a un sujeto. Existía una conexión, si bien notó que Cohen había sido amarrado y encintado, algo que no había ocurrido con el otro. *¿Habrán actuado dos sicarios diferentes contratados por la misma persona?*, se

planteó.

-¿Te dijeron si hay testigos?

-Por las quejas que le escuché proferir a Suárez, no. El cuerpo fue descubierto a la una de la madrugada por un vecino desvelado que había sacado a pasear a su perro.

-¿Cuánto suponés que llevaba muerto?

-Cinco o seis horas, máximo.

-¿Sabés si *Rorro* consiguió imágenes de alguna cámara de vigilancia?

-No. Mientras yo le brindaba los informes preliminares, su compañero le comentó que no había ninguna en esa zona. Desde entonces, no sé si averiguaron en otros locales o edificios linderos.

Azzaro consideró que, por el desconcierto que le había manifestado su colega durante la breve conversación que habían entablado en el Departamento, la búsqueda debió haber resultado nula.

-Hay una circunstancia que no le dije todavía a Suárez ni al fiscal, porque requería hacer más pruebas, que voy a volcar en el informe: Cohen no tenía los pulmones dañados por el consumo de tabaco.

-No te entiendo qué tiene que ver. ¿No estaba claro el fundamento del deceso?

-A primera vista, sí. Yo reviso absolutamente todo porque nunca sabés si puede aparecer algún pormenor que sirva a la investigación. Como en el bolsillo de su pantalón había un atado de cigarrillos, me aboqué a verificar el estado de los *fuelles*.

-Claro: ¡Fumar mata! –bromeó el principal.

-No en este caso. Los examiné y no hallé los vestigios característicos de la nicotina ni de ningún otro producto generado por la combustión del cigarrillo. Además, el paquete estaba cerrado, así que sospecho que Cohen aprovechó que salía a correr y lo compró para alguien más.

-¿Cuál es la marca de los puchos?

-*Filisteos*. Son negros, ásperos, unos petardos. Fumás uno y tosés una semana seguida.

Azzaro los conocía muy bien. Los consumía cuando se le agotaban los cigarrillos cubanos y los *Gitanes*.

-¿Querés cantar *bingo*?

El detective hesitó. Ignoraba a qué se refería el forense.

-Bingo, quiniela... ¡Vos andás prendido a todos los *escolazos, tordo!*

Rainone rio con ganas.

-¡Qué rápido que sos, no puedo meter una! Hablemos en serio, pelotudo. Te conté que esta mañana apareció otro cadáver en Mataderos...

-¿Por qué me lo resaltás?

-Creo que es otro arbolito.

-¿Lo plantaron como a Manfredi y a Cohen?

-Todavía no lo pude examinar, posiblemente lo haga dentro de un rato, pero... ¡parece que sí, che!

-¡Esto ya es la *remake* del *Pulpo negro!*

-Tal vez, claro que sin Ibáñez Menta... o quizá el *gallego* se levantó de la tumba para asustarnos, como cuando éramos chicos.

El policía eludió la broma de su amigo y calibró la información dura. No lo conformó la presunción de una eventual casualidad.

-¿A quién le tocó?

-A Salierno. Cuando revise al fiambre, te llamo a este número.

-¡Sos un fenómeno!

-Ahora son dos...

-¿Dos fenómenos?

-No, ¡dos vinos los que me debés, otario!

-Una última pregunta, *doc.* ¿Estas dos muertes las lleva Martínez?

-No, ambas le tocaron al fiscal Vence. ¿Por qué?

-Por suerte...

Miró la foto y asintió.

-Estuvo en el club.

-¿Está seguro?

Abad le dio una calada a su cigarrillo. Melina prestaba atención en silencio,

Bautista dormía en el cuarto, a salvo del humo que emanaba de su papá.

-Sí. Lo vi a través de una de las cámaras de seguridad.

-¿A qué jugó?

-*Texas hold'em.*

-¿Era un cliente frecuente?

-No. Si no me equivoco, estuvo sólo una noche. ¿Vos lo ubicás, *Meli*? – consultó a su pareja.

-No, la verdad que no. Tendría que revisar la agenda para comprobar si ese día tuve franco o...

Azzaro la detuvo con un gesto protector de su mano, que la salvó de la innecesaria humillación de brindar pormenores de su profesión.

-¿Cómo lo recuerda tan bien si, supuestamente, concurrió una sola vez, Fernando?

-*Seve* me lo marcó y me ordenó que lo metiera en una mesa arreglada.

-¡Usted me había dicho que no hacían eso!

-Yo le dije que la ruleta no estaba tocada. Nunca hablé sobre lo que hacíamos con el póquer.

Abad exhibió la mueca del pibe que es atrapado *in fraganti* por su madre tras cometer una travesura. El detective le devolvió una de desagrado.

-Cuénteme cómo concretaban el arreglo -exigió.

-Pasa en muchos casinos, inclusive en los que la van de legales: en la mesa de *texas hold'em* suele haber un participante infiltrado que trabaja para la casa,

complotado con el tallador.

-¿Con qué fin?

-Hacer subir las apuestas, por ejemplo. Tenga en cuenta que, en las *mesas vivas*, la banca se queda con el cinco por ciento del pozo.

-¿Qué es una *mesa viva*?

-El *texas hold'em* se juega con dos variantes: el torneo, que comienza con un número determinado de participantes que van cayendo eliminados hasta que uno reúne todas las fichas y gana el certamen. Se cobra una inscripción y se reserva un porcentaje de la recaudación al pago de premios. Luego están las *mesas vivas*. En los casinos oficiales permanecen abiertas para el público en general, todos los días. Se completan los cupos y se confecciona una lista de espera: si un jugador se queda sin fondos, abandona y es reemplazado por el que sigue en esa nómina. En los clubes privados se organizan con distintos niveles de apuesta para clientes habituales e invitados especiales. Comúnmente, se pactan partidas de dos horas de duración –que pueden extenderse a cuatro o seis- y la banca retiene el cinco por ciento del pozo que se junta en cada mano.

-En este segundo caso, si alguno de los participantes gana mucha plata en una sola mano, ¿puede levantarse y retirarse?

-Poder, puede, pero existe una regla no escrita, una norma de cortesía que todos respetan: quedarse sentado, por lo menos, hasta el corte de las dos horas. La huida es asumida como ofensiva por el resto de los competidores porque, con la deserción, se esfuma la posibilidad de recuperar el dinero perdido. Esta actitud tampoco agrada a los organizadores. Cuando una persona actúa de esa forma, no se le permite regresar. Esos procedimientos trascienden las paredes del establecimiento y nadie quiere jugar en un

ambiente que avala las agachadas.

-Si yo cobro un pozo opulento y permanezco sentado a la mesa por este formalismo ético, ¿estoy obligado a apostar?

-Sólo las *ciegas*, las posturas iniciales, dos veces por cada vuelta. Es un tributo minúsculo pero saludable. Sin embargo, es casi imposible que eso ocurra. Un jugador siempre va a seguir arriesgando, cree que su buena racha es eterna. Se lo remarco porque llevo mucho tiempo en esto y aprendí cómo es el comportamiento de la gente a la que le gusta apostar.

-Debe ser difícil resistirse si uno liga buenas cartas –apreció Azzaro antes de lanzar una estocada-. Dígame una cosa, Fernando: esta persona infiltrada en el club de Manfredi, ¿sólo operaba como un inflador del pozo, o podía actuar con otro tipo de objetivo?

La mano izquierda de Abad aplastó la colilla del cigarrillo dentro de un cenicero y a continuación, como un reflejo, voló al paquete *box* de *Marlboro*. Pellizó uno, lo llevó a la boca y buscó el encendedor.

-¿Le queda clara mi inquietud, Fernando? –el detective remarcó el nombre del testigo para relajar el interrogatorio con una pincelada de familiaridad. Reprodujo la treta que Ortega había adoptado con él unas horas antes.

-A veces, cumplía otro rol –reconoció entre dientes.

-¿Cuál?

-Colaborar en el desplume de algún *pichón*, como cómplice del tallador.

-¿Podría ser más minucioso con los pormenores de este confabulación?

-El repartidor le sirve un muy buen juego a la víctima y otro un poco más alto al infiltrado entre los participantes. ¿Comprende?

-Más o menos.

-Algunos talladores son muy hábiles con los dedos. Pueden dar cartas a su antojo, sobre todo si la baraja está marcada. En nuestro club había uno que era un maestro, un genio, hacía lo que quería. Una madrugada, luego de cerrar, le invité unas cervezas y le pedí que me mostrara cómo actuaba. Tomó el mazo, lo puso boca arriba y empezó a repartir. El primer naipe era un nueve de diamantes, no lo olvido más. El tipo lanzaba las cartas como si hubiera cuatro jugadores sentados a la mesa, una atrás otra, cinco a cada uno... ¡y el nueve de diamantes seguía ahí, arriba de la pila! ¡No sé cómo lo hacía! Los naipes afloraban de abajo, del medio, de todos lados, aunque los movimientos de sus dedos no mostraban ninguna irregularidad. Inclusive, me acerqué a sus manos, con la nariz a un centímetro del mazo, y así y todo no logré pescar el truco.

-Presiento que los clientes del club ignoraban las habilidades de este señor...

-Sí, evidentemente. De todas formas, en el ambiente se sabe que muchos crupieres y talladores son ex tramposos, magos, tahúres, fulleros, contadores de cartas en el *black jack*... El hábito de contratarlos nació en los casinos de Las Vegas como un sistema práctico para controlar a los estafadores.

-Si no puedes vencerlos...

-Esa es la táctica.

-Supongo que muchos de estos picarones no habrán tenido otra elección que aceptar el pase al otro bando por haber sido sorprendidos en algún *fato*. Según las películas, la mayoría de los casinos de Las Vegas pertenece a la mafia.

-¿Usted sugiere que recibieron esas ofertas que no se pueden rechazar?

-Por ejemplo.

-Es probable. Allá hay métodos muy arenosos para sancionar al pillo que es pescado con las manos en la masa.

-¿Arenosos?

-Un pozo cavado en el medio del desierto.

Azzaro alzó las cejas.

-No se espante: por lo general, a las personas con estos dones excepcionales se las detecta antes de que cometan una macana que atente contra su bienestar. Se les pagan sueldos muy importantes para reprimir una eventual deslealtad y, también, solicitarles algún favorcito cada tanto.

-¿Qué tipo de favorcito?

-Un timo de vez en cuando.

Al policía le picó la curiosidad por desentrañar qué tan de vez en cuando desfalcaba Manfredi a sus clientes. Escogió seguirle la corriente a Abad.

-¿Puede un jugador, ya sea el *pichón* u otro participante, percibir esta táctica?

-Es casi imposible. Los talladores que hacen esos trucos son infalibles. Ya le dije: yo lo veía repartir a nuestro *dealer* con las cartas boca arriba y no apreciaba nada extraño.

-¿Y las marcas en las cartas?

-Son invisibles. Se hacen con las uñas o algún objeto cortante para que no queden expuestas a la vista. El tallador las identifica con las yemas de sus dedos y acomoda la baraja a su gusto o necesidad.

-Como el sistema *braille*...

-Tal cual. Nuestro empleado era capaz de repartir cartas con los ojos vendados, y jamás se equivocaba: le entregaba el naipe exacto al individuo exacto.

Azzaro se mordisqueó el labio inferior, embrujado por la anécdota. Hubiera querido escuchar más de esas divertidas historias, pero resolvió continuar con el interrogatorio.

-¿A quiénes apuntaba Manfredi con estos métodos?

-Normalmente, *Seve* solía enfocarse en tipos... ¿cómo se lo puedo explicar? Maleables, inofensivos, sin lazos sólidos con la política, las fuerzas armadas o policiales, pero a cargo de negocios muy rentables, con corta disponibilidad de efectivo.

-Me quedó claro.

-A estos infelices se los limpiaba en las mesas para forzarlos a hacer girar otro de los engranajes de la máquina.

-¿Prestamistas?

-Hoy está afilado, Azzaro. ¿Tiene un palpito para la quiniela?

-Si lo tuviera, no estaría haciendo horas extras acá...

Melina emitió una risita.

-Sí, los prestamistas constituían la otra pata del asunto –admitió Abad.

-¿Los que negociaban en el club pagaban una comisión a Manfredi, como las chicas?

-No, amigo. Eran testaferros de *Seve*.

-A su jefe no se le escapaba una...

El detective procesó la información. La declaración de Abad todavía no echaba luz sobre la verdadera razón por la cual Manfredi le había abierto las puertas de su edén a un hombre que no encajaba con el perfil de su público corriente.

-¿Qué requisito debía guardar alguien para ser aceptado como socio o cliente?

El testigo prendió otro *Marlboro*. Largó el humo por la nariz.

-Al club no accedía cualquiera. Un jugador nuevo debía ser recomendado por otro más veterano. El presentador nos comunicaba quién era el interesado y nosotros aprobábamos o rechazábamos la solicitud después de averiguar si el postulante tenía o no antecedentes penales, si se lo conocía como una persona conflictiva, si demostraba o no cierta solvencia, qué empleo o trabajo cumplía, si tenía vínculos con la política, etcétera. Lo hacíamos por seguridad, pero especialmente por respeto a los otros clientes, en definitiva, como una manera de preservar el buen nivel del establecimiento.

-Y cuidar que no los robaran otros forajidos, ¡sólo ustedes!

-¡No sea malo! Nuestro objetivo, en general, era que la gente fuera a disfrutar, relajarse de las presiones cotidianas, el estrés...

El investigador pisó el freno para no atropellar a su testigo. Giró hacia otra dirección.

-¿Quiénes eran los responsables de decidir quién entraba y quién no?

-Seve y yo. No crea que recurríamos a la Secretaría de Inteligencia. ¡Para nada! Simplemente nos cubríamos con precauciones mínimas para evitar sinsabores. Mayormente, el aval del presentador era suficiente.

A Azzaro le resultó curiosa la referencia. Si bien no había vuelto a comprobar la persecución del *Peugeot 206* con vidrios polarizados, ni había observado que lo siguiera otro vehículo furtivo, todavía se sentía vigilado.

-Y a este sujeto –remarcó sus palabras señalando a la persona de la fotografía, apoyada sobre la mesa-, ¿quién lo recomendó?

Abad le dio una larga pitada a su cigarrillo, mientras trataba de acordarse cómo se había cristalizado esa formalidad.

-La verdad, no lo sé, no me ocupé de su entrada. Recuerdo que se presentó a jugar y que *Seve* me ordenó que se le diera el tratamiento diferenciado, que entre nosotros llamábamos *VIP*.

-¡Qué originales! –se burló el policía.

-¿Vio? ¡Nos rompimos el mate hasta encontrar una sigla apropiada! No obstante, al revés de lo que sucede en otros casinos o en las discotecas, en nuestro club, los *VIP* no recibían la mayor cortesía.

-Operaban al *vesre*. ¿Cómo alertaba usted al tallador y a su compañero sobre la presencia de un cliente especial? Supongo que con algún método que no generara suspicacias...

-Supone bien. Si el *punto* entraba a una mesa viva en pleno desarrollo, yo utilizaba un código con distintos gestos, uno para cada posición alrededor de la mesa. Tocarme la oreja derecha simbolizaba el primer asiento; la izquierda, el segundo; rascarme la nariz, el tercero, y así sucesivamente. El repartidor y el participante encubierto confirmaban haber entendido la seña, se alistaban y atacaban, casi siempre cuando a la víctima le correspondía ser mano.

-Un plan simple...

-A veces el plan simple es el más efectivo.

-Regresemos al ingreso de este hombre, Fernando –Azzaro dio unos golpecitos a la foto con su índice derecho-. ¿Cómo cree que obtuvo la autorización para jugar en el club, como usted insiste en llamarlo?

-Presumo que lo invitó o lo avaló *Seve*, directamente. Me parece lo más factible. Él era el único que podía aprobar la admisión de un nuevo jugador sin consultarlo con alguien ni garantías de otros clientes.

-Usted dijo que Manfredi se lo marcó. ¿Cómo lo hizo?

-Hay una cámara de seguridad por circuito cerrado colocada de modo estratégico sobre el portón de ingreso y conectada a un par de pantallas. Una de ellas era la *notebook* del escritorio de *Seve*. El muchacho llegó, dio la contraseña acordada y los porteros nos avisaron por *handy*. *Seve* me convocó, me hizo mirar el monitor, me comentó quién era el joven y me ordenó qué hacer. Mientras yo corría a preparar el escenario y acomodar a nuestra gente, él bajó a recibir a su huésped con una sonrisa amistosa.

-¡Qué buen anfitrión resultó su jefe: invitó a jugar a una persona y la desplumó con artificios!

-Así era *Seve*. Yo le previne que tenía muchos enemigos, como para llenar la cancha de River. ¿Cómo cree que se formó su hinchada? ¿Obsequiando *champagne* y regalando fichas?

-No, está claro, aunque más que hinchada yo la llamaría barra brava rival...

La chica volvió a reír.

-Hay algo que no me cierra, Fernando. Este individuo no era adinerado, ni poderoso, ni un narco, ni un *ladri*. ¿Por qué engatusarlo por unos pocos

pesos?

-Primero, no apareció con unos pocos pesos, como usted dice, sino con un fajo de dólares bastante gordo.

-¿Tenían una mesa para apostar dólares? ¿Al precio oficial o del mercado negro? –lo hostigó.

-No me diga que hace horas extras para la Dirección Impositiva...

-No me alcanza con un laburo.

-Pruebe con la televisión. Ya no quedan *capocómicos*, Azzaro.

El ingenio de Abad provocó nuevas carcajadas a Melina. El investigador se arrepintió de haber iniciado la ronda de chistes. Reemprendió de inmediato el interrogatorio para que el testigo no se dispersara.

-Fernando, me decía que una de las razones por las cuales Manfredi acomodó a esta persona en la mesa arreglada, tenía que ver con la suma que había llevado para apostar. ¿Cuál era la otra? ¿Hacerlo caer en las garras de los prestamistas?

El testigo dio otra calada y tragó el humo. Lo retuvo un par de segundos en sus pulmones y lo despidió paulatinamente por la boca.

-Empecé por la picadita, o la ensalada, ya que hablamos de dólares. Lo que *Seve* en verdad quería de este muchacho era el plato fuerte.

Leandro Sosa Gaona avistó desde el *Ford Fiesta* robado que un hombre que respondía a las señas que le habían pasado sobre el detective Norberto Azzaro salía del inmueble, subía a su automóvil y desaparecía.

*-Aête osêta pe otro* –le vaticinó a su secuaz guaraní, el mismo que había conseguido el vehículo. Lo había seleccionado como piloto del coche afanado por su destreza al volante y también en el manejo de las armas. No estaba de más contar con un buen soldado como apoyo.

Tal como lo había pronosticado *Yarará*, el buchón, el *pyrague*, apareció media hora después. Encendió un cigarrillo y emprendió la caminata hacia su derecha, en dirección al coche que había dejado cerca de la esquina. El chofer puso en marcha el *Ford* mientras Sosa Gaona amartillaba la *Bersa Thunder*. En la cintura descansaba el eficaz revólver *Taurus 44*, por si la pistola *descartable* se trababa. El rodado avanzó, superó el paso de la víctima y, en una bajada de cordón, se montó a la vereda para cortar el paso. *Yarará* extendió su brazo derecho a través de la ventanilla abierta y descerrajó dos tiros antes de que su blanco pudiera extraer la *Walther P99* de la funda sobaquera oculta debajo de la campera de cordero marrón. Los proyectiles perforaron el pecho del tipo, quien cayó sobre el enlosado gris de la acera. El asesino bajó del automóvil y remató a *Cable Pelado* con una tercera descarga al entrecejo. El *Marlboro* quedó consumiéndose sobre una baldosa.

El homicidio fue presenciado por un policía. Aunque Azzaro había sido retirado del *Caso Manfredi*, un efectivo todavía vigilaba el edificio de departamentos donde vivía Melina desde un móvil de civil estacionado en la vereda de enfrente, a la altura de la puerta. El agente denunció el hecho a través de la radio, extrajo su arma reglamentaria, salió del habitáculo y avanzó con cautela, agachado detrás de los otros coches aparcados. Cuando estuvo frente a Sosa Gaona, preparó la pistola, pegó el hombro izquierdo a un

árbol que le sirvió de escudo y le gritó que se entregara. Al verse cercado por un *cobani* que no había figurado en sus cálculos y lo intimidaba a rendirse parapetado detrás un grueso tronco, *Yarará* gatilló dos veces para resguardar su escape y subió al *Ford*. El vehículo robado emprendió la retirada a toda velocidad. El custodio, ileso gracias a que los plomos se habían incrustado en la defensa de madera, apuntó con cuidado y disparó. Su bala agujereó la luneta trasera del rodado, el apoyacabezas y se clavó en la nuca del conductor, quien murió en el acto. Sin control, el automóvil cruzó la esquina y se estrelló contra la columna que sostenía el semáforo. Sosa Gaona salió despedido a través del parabrisas y aterrizó sobre la acera. Una ambulancia del SAME trasladó al hombre más buscado, desmayado y con varias fracturas y laceraciones, hasta el hospital Zubizarreta, donde quedó internado y vigilado de cerca por una severa guardia policial.

¿Querés leer la segunda parte de **Póquer real**? Mandame un mail con tu solicitud a [lucianowernicke21@gmail.com](mailto:lucianowernicke21@gmail.com) y te envío el PDF. Es gratis.

